

628289000 001

**DOS VALIDOS,**

CES-XIX  
123-4

Y

**CASTILLOS EN EL AIRE.**

COMEDIA

histórica original en tres actos

DE

**Don Tomás Rodríguez Rubí.**



**MADRID.**

**IMPRENTA DE REPULLÉS.**

**1842.**



PERSONAS.

ACTORES.

LA REINA MADRE, DOÑA MARÍA TERESA DE AUSTRIA. . .	} <i>Doña Bárbara Lamadrid.</i>
DOÑA LEONOR. . . . .	<i>Doña Josefa Valero.</i>
EL CONDE DE PEÑARANDA. . .	<i>Don Juan Lombía.</i>
EL P. JUAN EVERARDO NITHARD. .	<i>Don Pedro Lopez.</i>
EL MARQUES DE AYTONA. . .	<i>Don Agustin Azcona.</i>
DON JOSÉ MALLADAS. . . . .	<i>Don Francisco Lumbreras.</i>
MENDOZA. . . . .	<i>Don Vicente Caltañazor.</i>
PACHECO. . . . .	<i>Don Antonio Pizarroso.</i>
DON GUILLEN. . . . .	<i>Don N. Fernandez.</i>
UN UGIER. . . . .	

DAMAS Y CABALLEROS DE LA CORTE, GUARDIAS Y PUEBLO.

La accion pasa en el palacio del Buen-Retiro, y en el año de 1669.

*Esta Comedia, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.*



---

## Acto primero.

---

*Antecedámara de la reina en el palacio del Buen-Retiro.— En el fondo la puerta del oratorio: en el ángulo de la derecha un balcon: en el de la izquierda una puerta secreta: á la derecha otra puerta que conduce á los salones y galerías, y otra á la izquierda que lleva á la cámara de la reina.*

### ESCENA PRIMERA.

EL MARQUES DE AYTONA, *saliendo por la puerta de la izquierda.*

Brillante está el besa-manos:  
desde que en palacio asisto,  
por San Millan que no he visto  
tal prole de cortesanos.

Ya no me inquieta el rumor  
de los que en vano han querido  
echar por tierra al partido  
del ilustre inquisidor.

Que vengan, esta vez sola,  
y verán, pese á su encono,  
en hombros alzarse el trono  
de la nobleza española.

(*Mirando á la puerta de la derecha.*)

Y no son visiones mías;  
de hidalgos y de infanzones  
llenos estan los salones,  
cuajadas las galerías.

¡ Ah...! los deudos de don Juan



llorar pueden su derrota...  
*(Óyese á lo lejos rumor de gente: el marques se asoma al balcon.)*

¡Hola...! ¿el pueblo se alborota?  
 ¿si vendrá á pedirnos pan?  
 ¿quiera el cielo que no acierte...  
 ¡Va...! no es nada: hoy el coloso  
 aunque está menesteroso  
 se le olvida y se divierte.  
 Ya está visto que á ese enjambre  
 no hay mas que darle festejos,  
 y bailará, y se irá lejos...  
 aunque se muera de hambre.

## ESCENA II.

EL MARQUES. EL PADRE EVERARDO *por la puerta secreta.*

*Marques.* ¡Qué...! ¿sois vos, padre Everardo,  
 por tan oculto lugar...?  
 Dadme la mano á besar. *(La besa.)*  
 ¿Cómo es que andais hoy tan tardo?  
 Hoy de la reina, señor,  
 los días celebra España;  
 y es por cierto cosa estraña  
 que falte su confesor.

*Everardo.* Yo espero, marques de Aytona,  
 que me dispense el cumplido  
 en gracia de lo que cuido  
 del lustre de la corona.  
 Me ha sido fuerza atender  
 á ciertas revelaciones,  
 y ordenar varias prisiones  
 por los excesos de ayer.

*Marques.* Bien; duro en los revoltosos:  
 lo siento como lo digo,  
 pues siempre he sido enemigo  
 de los gritos sediciosos.  
 Si vos no los aterrais...  
 aunque hoy, padre, por su daño  
 no llevan mal desengaño...



*Everardo.* ¿Cómo?

*Marques.* ¿Y vos lo preguntais?

Por cierto me maravilla.

Ved de mi dicho en abono  
cómo se dobla ante el trono  
la nobleza de Castilla.

Ved en la plaza ademas  
del pueblo gratas señales,  
puesto que olvida sus males  
de la algazara al compas.  
Con que es seguro, por Dios,  
que si de hombres tantos cientos  
con la reina estan contentos,  
contentos estan con vos.

*Everardo.* Seguridad no me dan  
de pureza esos crisoles:  
conozco á los españoles  
aunque he nacido aleman.  
Sé que cunde la traición,  
buen marques, de dia en dia,  
y en medio de esa alegría  
fermenta la rebelion.

*Marques.* ¿Cierto?

*Everardo.* Há poco, desde aqui  
¿no oisteis de los traidores  
allá en la plaza rumores?

*Marques.* Padre Everardo, sí oí.

*Everardo.* Pues bueno: la causa fué  
que al mirarme se irritaron  
y á gritos me denostaron...  
gritos que yo no escuché.  
Pero la audacia creció,  
y hubo entre la gente moza  
quien al pasar mi carroza  
con obras se desmandó.

*Marques.* ¡Qué sacrilegio!

*Everardo.* Apunté  
los que al paso conocí,  
y ya las órdenes dí  
al tribunal de la fé.

*Marques.* Me asombran los desleales:  
conspiran con tal porfia...



- ¿quién les da tanta osadía?  
*Everardo.* Juan de Austria y sus parciales.  
*Marques.* Si en él fundan su esperanza,  
 ¿cuándo la han de realizar?  
 ¿qué es lo que intentan sacar  
 del bastardo y su alianza?  
 Ya por dicha á Cataluña  
 el francés abandonó,  
 y al punto por vos salió  
 don Juan para la Coruña.  
 Hicieronse agasajos,  
 y tales, que solo anhela  
 en breve darse á la vela  
 para los Países Bajos.  
 Si se va, ¿á quien clamarán?  
*Everardo.* Tan solo hay un mal, marques.  
*Marques.* Un mal decís; ¿y cuál es?  
*Everardo.* Que no se embarca don Juan.  
*Marques.* ¿Será posible?  
*Everardo.* Es lo cierto:  
 publicando su traición,  
 hoy llegó la dimisión,  
 que remite desde el puerto.  
*Marques.* Y ¿vos le permitireis  
 que dé la vuelta á Madrid,  
 y que otra mas cruda lid...  
*Everardo.* ¿Que vos me lo preguntéis!  
*Marques.* Bien pudiera suceder  
 que él con nuevas fuerzas hoy...  
*Everardo.* No importa, marques; yo estoy  
 en la cumbre del poder.  
 ¿Sus fuerzas váisme á nombrar!  
 Cuatro menguados que agitan  
 al pueblo, y tal vez me irritan  
 las ondas de aque-se mar.  
 Mas tanto se embraveció  
 en las borrascas pasadas,  
 que al son de las oleadas  
 me duermo tranquilo yo.  
 ¡Ay... si llegó á despertar!  
 al derribar sus altares  
 las cabezas á millares



- lanzaré sobre ese mar.  
 Vereis trocarse, marques,  
 en humo tantas bravezas...  
 y al ver nadar las cabezas  
 cómo se calma despues.
- Marques.* Pero eso no mas será  
 cuando ofenda la traicion  
 al trono y la religion.
- Everardo.* Eso mismo, claro está.  
 Y porque mas no me arguya  
 de cruel vuestra malicia,  
 ya he levantado milicia  
 tan solo en defensa suya.
- Marques.* ¡Yo, padre, á vos de cruel...!
- Everardo.* La guardia desde este dia  
 se llama *Coronelia*,  
 y vos sois su coronel.
- Marques.* Yo no merezco cual veis  
 tan cumplidas distinciones.
- Everardo.* Ayudad mis intenciones  
 y acaso las obtendreis,  
 buen marques, de mayor medro,  
 cuando una vez asombrado  
 me mire el orbe sentado  
 en la silla de San Pedro.
- Marques.* A tan alta dignidad  
 sois acreedor, y confieso...
- Everardo.* Aytona, dejemos eso.  
 ¿Quién hay con su magestad?
- Marques.* De soldados y galanes  
 la regia estancia está llena:  
 Alba, Osuna y Caracena:  
 los Pachecos, los Guzmanes,  
 Malladas el de Aragon...  
 y tambien con ellos anda  
 el conde de Peñaranda.
- Everardo.* Recelo en ese traicion.
- Marques.* Mirad, padre, que se vende  
 por vuestro amigo, y adora  
 á la reina mi señora.
- Everardo.* Y sabe Dios á quién vende.  
 ¿Me habeis dicho que Malladas



estaba dentro?

*Marques.* Asi es.

*Everardo.* A ese buen aragonés  
le gustan las asonadas.

*Marques.* ¿Mucho?

*Everardo.* No lo sabeis vos ;  
ya por su mala fortuna  
ha sido el alma de una ,  
mas no lo será de dos.

*Marques.* Pues despachadlo á su tierra ,  
porque aqui segun se ve...

*Everardo.* Sí, tan lejos lo enviaré  
que no nos hará mas guerra.

*(Rumor interior.)*

¿Qué?

*Marques.* *(Mirando por la puerta de la izquierda.)*

A lo que puedo alcanzar  
salen del regio salon...

*Everardo.* Marques , desde ese balcon  
podremos verlos pasar.

*(Entran en el balcon y cierran las puertas de cristales.)*

### ESCENA III.

EVERARDO. EL MARQUES. MALLADAS y OCHO CABALLEROS  
que forman un grupo en la escena. Continúa salien-  
do de la cámara de la reina y atraviesa el teatro el  
mayor número posible de señoras y cortesanos.

*Malladas.* Señores, lo que es la reina  
es todo una soberana.

*Mendoza.* En España siempre han sido  
soberanos los monarcas.

*Malladas.* ¡Eh! Mendoza, poco á poco ;  
no me gloseis las palabras.  
Lo digo por su esplendor ,  
por sus bondades sin tasa ,  
y en fin , por cierto gracejo  
que hace olvidar que es del Austria.

*Mendoza.* Perdonad mi impertinencia.

*Malladas.* Lo haré, y con toda mi alma.  
Yo, señores, no he nacido



entre bordados ni bandas,  
y no frecuento la corte  
sino de ramos á pascuas.  
Me he criado en Aragon,  
y Zaragoza es mi patria:  
alli, como saben todos,  
el corazon es el que habla,  
con que no hay que horripilarse  
con lo que diga Malladas.

*Mendoza.* (Bajo á los mas inmediatos.)

¿Quereis verlo echar venablos?  
¡Sí, sí!

*Todos.*

*Mendoza.*

(Pues bueno.) Me pasma  
que en un dia tan solemne  
como el de hoy, haya hecho falta  
el ministro inquisidor,  
el padre de tantas almas,  
que se ha propuesto que ayunen  
todas las que encierra España.

*Malladas.*

No me hableis del jesuita,  
ó andamos á cuchilladas.  
Maldicion sobre vosotros,  
gentecilla afeminada,  
que sufris al que os ha puesto  
el dogal en la garganta.  
Me alegro. Veis y adorais  
á un estrangero, que el Austria  
tiene aqui con el objeto  
de aligerar nuestras arcas.  
Ya lo hace, no se descuida,  
y en cambio os dará las gracias  
excomulgándoos á todos  
cuando consiga ser Papa.  
¿Oís, marques?

*Everardo.*

*Marques.*

Renegado  
debe ser el tal Malladas.

*Mendoza.*

Pero y ¿qué le hemos de hacer?  
¿de qué servirá la audacia  
con un hombre que en su mano  
tiene el poder...?

*Malladas.*

¿Sí? pues vaya  
á Aragon con mas si puede,



y verá lo que le pasa.  
Mas, no irá... y hará muy bien,  
que al cabo desde aquí manda  
rodeado de corchetes,  
inquisidores y guardias,  
y mal ó bien, por do quiera  
su cetro de hierro acatan.

*Mendoza.* Terrible sois, don José.

*Malladas.* No conocéis á Malladas.

¡Voto al diablo! Si yo fuera  
un conde de Peñaranda,  
y contara como él  
con la gracia soberana,  
¿dónde pensais que estaria  
el santo varon...? en Africa.

*Todos.* ¡Ja! ¡ja...!

*Malladas.* Mas no soy el conde,  
y le hago en menor escala  
la guerra... vereis muy pronto  
qué cipizape se arma;  
no ha de quedar un cristal  
en la calle ni en su casa.

*Todos.* ¡Callad!

*Mendoza.* Que os comprometéis.

*Malladas.* El que teme es el que calla.  
¿Hemos de estar siempre mudos?  
¿Pues no sabeis lo que pasa?  
¿Qué?

*Todos.* Ya el príncipe don Juan  
ni nos deja ni se embarca.

*Malladas.* (*A media voz.*)  
¡Viva!

*Mendoza.* ¡Chits...! ¿pero eso es cierto?

*Malladas.* Ayer tarde he visto cartas  
de Galicia y de Aragon  
que no dejan dudar nada.

*Mendoza.* Y ¿qué excusa da á la reina  
para evadirse...

*Malladas.* La falta  
de salud; pero, señores,  
yo sé que es otra la causa.

*Todos.* ¿Y cuál?



*Malladas.*

Nada; que el Loyola  
quiere que el príncipe vaya  
á afrontar á Luis catorce  
sin dineros y sin lanzas.

*Todos.*

¡Qué maldad!

*Mendoza.*

Pues si se ha dicho

que nada á bordo faltaba.

*Malladas.*

Esa voz la ha hecho correr  
el ministro; pero es falsa.  
El guante ya está arrojado,  
veremos quién lo levanta.  
La corona de Aragon  
toda á don Juan idolatra,  
porque es español, y sabe  
pelear en las batallas.

Dígalo la de Estrémóz,  
que á Portugal fué tan cara.

Ya le estoy viendo, señores,  
llegar á marchas forzadas  
y arrojar de este palacio  
á la estrangera canalla.

Vereis entonces trocarse  
la educacion escolástica  
que le dan al jóven rey  
por la ciencia de las armas:  
y la pleve tendrá pan...

*Mendoza.*

Alguien se acerca, Malladas.

*Malladas.*

¿Quién es?

*Mendoza.*

A la camarista

doña Leonor acompaña,  
haciéndole los honores,  
el conde de Peñaranda.

*Malladas.*

¡Válgame Dios! el buen conde  
siempre á vueltas con las damas.



## ESCENA IV.

DOÑA LEONOR. EL CONDE. EVERARDO. EL MARQUES. MALLADAS y CABALLEROS.

*(Salen doña Leonor y el conde por la puerta de la izquierda, atraviesan el teatro, y se van por la de la derecha.)*

*Leonor.* Quedaos con su magestad.

*Conde.* Leonor, vendré sin tardanza en dejándoos en el coche.

*Leonor.* Yo sentiré, Peñaranda, que vuestra cortesanía os cueste...

*Conde.* ¿Costarme? nada: y por vos...

*Leonor.* No habéis tan alto.

*Conde.* *(Ofreciéndole el brazo, y reparando en los que estan en la escena.)*

Teneis razon: me olvidaba... *(Vanse.)*

## ESCENA V.

EVERARDO. EL MARQUES. MALLADAS. MENDOZA y CABALLEROS.

*Mendoza.* ¡Eh...! ¿qué tal? en secreticos con las camaristas anda. El mismo diablo es el conde.

*Malladas.* Pues si á saberlo llegara...

*Mendoza.* Por demas sois malicioso.

*Malladas.* La regente...

*Todos.* ¡Chits...! ¡Malladas...!

*Mendoza.* No toqueis á esa cuestion, porque es andar sobre ascuas; ademas que no es seguro...

*Malladas.* Escelente diplomacia, y lo sabe todo el reino... pero aqui está Peñaranda, y él mismo nos sacará de dudas...



## ESCENA VI.

EVERARDO. EL MARQUES. EL CONDE. MALLADAS. MENDOZA Y  
CABALLEROS.

*Conde.* ¿De qué se trata?

*Malladas.* Se trata, de que en amores  
preferís al de las damas,  
y por él dais al olvido  
otro amor, el de la patria.

*Conde.* No sé por qué lo decís,  
ni si es la razon exacta;  
mas solo os contestaré  
que uno y otro amor se llaman,  
y á mal dar, teniendo amor,  
amor con amor se paga.

*Malladas.* De hielo sois, noble conde.

*Conde.* Lo siento, es mucha desgracia.

*Malladas.* Y ella ¿os ama así tan frio?

*Conde.* Y quién es ella, ¿la patria?

*Malladas.* Demasiado bien se ve  
la intencion de mis palabras;  
pero sin duda ninguna  
vos no quereis encontrarla.

*Conde.* Fuera en vano; soy tan torpe,  
que nunca me encuentro nada.

*Malladas.* Teneis razon; proseguid  
en vuestra amorosa holganza,  
y no escuchéis los gemidos  
que el triste pueblo levanta.  
Dejad que los alemanes  
se apoderen de la España,  
dejadlos, que puede ser  
que en la general desgracia  
le toque una buena parte  
al conde de Peñaranda.

*Conde.* Si yo tuviera el poder  
una ó dos horas escasas,  
¿qué os figurais que sería  
lo primero que mandara?

*Malladas.* Quién sabe; decidlo vos...

*Conde.* Meteros en una casa



*Malladas.* de Orates...  
 ; Voto á los diablos!  
 la providencia me agrada.  
 Encerrarme, porque anhelo  
 la ventura de mi patria;  
 porque al escuchar su nombre  
 el corazon se me inflama;  
 porque deliro...

*Conde.* Por eso,  
 porque delirais, *Malladas.*

*Malladas.* En los palacios, delirio  
 al entusiasmo se llama:  
 yo os juro que no os vereis  
 en ese espejo...

*Conde.* (Ya escampa.)

*Malladas.* Y por si acaso algun dia  
 llegais á region tan alta,  
 sabed que yo no soy hombre  
 á quien se encierra á mansalva:  
 que sé dar golpes seguros,  
 y que á la voz de *Malladas*  
 para derribar tiranos  
 todo el pueblo se levanta.

*Conde.* ; Ya pretendéis conspirar  
 para cortarme las alas,  
 y aun no he pensado en tender  
 el vuelo...? ; Cristo nos valga!  
 Por piedad, don José, amigo;  
 considerad...

*Malladas.* Vaya, vaya;  
 no es posible hablar con vos;  
 todo os lo echais á la espalda,  
 y os reis de los asuntos  
 que mas seriedad reclaman.

*Conde.* Qué quereis: ¿es culpa mia  
 que me hagan reir las farsas?

*Malladas.* ; Farsa llamais...! ; por San Jaime...!  
 A Dios quedad, Peñaranda,  
 que escucharos mas no puedo  
 tan sacrílegas palabras.  
 Ya que os habeis empeñado  
 en vivir sin hacer nada;



ya que olvidais á un partido  
que por gefe os aclamaba,  
oid un consejo, conde,  
porque os estimo en el alma.

(*Con misterio.*)

Va á haber conmocion: poneos  
á cubierto sin tardanza;  
hacedlo si podeis hoy,  
sin esperar á mañana,  
porque de nadie respondo  
una vez rota la valla.

*Conde.*

Os agradezco la nueva,  
y quiero á mi vez pagarla  
con otra igual: escondeos  
á toda prisa, Malladas,  
porque si el padre Everardo  
hoy consigue daros caza,  
tambien hoy os hace ahorcar  
sin esperar á mañana.

*Malladas.* No temo su omnipotencia.

*Conde.* Ni yo vuestras asonadas.

*Malladas.* ¿Sí? pues manos á la obra.

*Conde.* Ya vereis qué obra tan cara.

*Malladas.* En fin, ¿no nos ayudais?

*Conde.* Yo no sirvo para nada.

*Malladas.* Pues á Dios, y no olvidéis  
mi consejo, Peñaranda.

*Conde.* A Dios, y tened presente  
lo de la horca, Malladas.

## ESCENA VII.

EL CONDE. EVERARDO. EL MARQUES.

*Conde.*

(Para una conspiracion  
que quiere tanto secreto,  
por Dios que es grande sugeto  
el hidalgo de Aragon.  
¡Vive el cielo! en los salones  
de palacio dando gritos  
se ponen esos malditos  
á hablar de sublevaciones...



y olvidan en su torpeza  
que el que hoy tal cosa declara,  
tanto rueda, que no para  
hasta perder la cabeza.)

*Marques.*

Salgamos, padre, por Dios,  
de este escondite menguado.  
¡Qué blasfemias he escuchado...!

*Everardo.*

No importa, calladlas vos.

*Conde.*

(Para cualquier compromiso,  
es buena gente en verdad.)

*Everardo.*

Decidle á su magestad  
que espero su real permiso  
para el despacho.

*Marques.*

Sabr 

al punto vuestra demanda.

(*Vase por la puerta de la izquierda.*)

### ESCENA VIII.

EVERARDO. EL CONDE.

*Everardo.*

Y el conde de Peñaranda,  
  cómo es que tan solo está?

*Conde.*

  Oh, señor! muy buenos días.  
Estaba   solas rezando...

(Lo que estaba era pensando  
en que de acecho estarias.)

*Everardo.*

  Rezando?

*Conde.*

S .

*Everardo.*

Y     qué dama?

*Conde.*

  Os reis de lo que os digo?

*Everardo.*

De rezador, conde amigo,  
no teneis muy buena fama.

*Conde.*

Pero me queda un consuelo:  
la vuestra no es la mejor...  
y sin embargo, señor,  
sois de virtudes modelo.

*Everardo.*

Gracias por la aclaracion;  
opin is tan bien de mí.

*Conde.*

Pero es lo malo que aquí  
hay pocos de mi opinion.

*Everardo.*

Nadie se puede librar  
de verse asi maltratado,



mucho mas si está obligado  
 en esta tierra á mandar.  
 Aquí en vano el justo lidia  
 por evitar sinrazones  
 y acallar murmuraciones...,  
 mas... ¿quién enfrena á la envidia?  
 Jamas se podrá alcanzar,  
 y es, tener tanto enemigo,  
 azar que lleva consigo  
 el arte de gobernar.

*Conde.* Pues yo á mis solas creía  
 que hacer á un pueblo dichoso  
 no era tan espinoso  
 como por ahí se decia.  
 Pensé que de esta nacion  
 bastaban á la grandeza  
 dos cosas: una cabeza,  
 y ademas buena intencion.  
 Pero en mi opinion mental  
 que me engañé convendreis,  
 porque vos las dos teneis,  
 y no obstante lo haceis mal.

*Everardo.* Tal dicen los malcontentos  
 que pretenden sin cesar  
 mi caída, y derribar  
 del trono hasta los cimientos.  
 Me ultrajan de varios modos,  
 pero ya me convencí  
 de que no es posible aquí  
 mandar á gusto de todos.  
 Esto bien lo sabeis vos,  
 y así, con cristiano celo,  
 de su intolerancia apelo  
 á la justicia de Dios.

*Conde.* Terrible es, por vida mia,  
 ser hoy ministro de estado:  
 vos, padre, estareis dotado  
 de mucha filosofia.

*Everardo.* Conozco á los hombres algo,  
 y os juro que en ocasiones  
 para evitar tentaciones  
 no en vano de ella me valgo.



*Conde.*

Sin embargo, sufrireis  
al ver con la sinrazon  
que juzgan vuestra intencion.

*Everardo.*

¡Ay conde...! no lo sabeis.  
Orando las oras paso,  
y en mi afanosa agonía  
pido á Dios sabiduría.

*Conde.*

(Porque de ella estás escaso.)

*Everardo.*

De gobernar busco el modo  
que en bien general presumo...  
y por todos me consumo.

*Conde.*

(Y tú lo consumes todo.)

*Everardo.*

Mil veces pruebas le dí  
á la España de mi amor,  
ordenando lo mejor...

*Conde.*

(Para el Austria y para tí.)

*Everardo.*

Y aunque ve el leal empeño  
con que á Dios su bien demando;  
en ella siempre pensando,  
por ella esquivando el sueño;  
que en mi retiro profundo  
absorve la mente mía  
el basto plan que hará un día  
á España reina del mundo,  
solo frutos de traicion  
son, conde, los que recojo...  
sí, y el dolor, no el enojo,  
desgarra mi corazon.

Mas... ¿qué hacer? la Providencia  
querrá así probar mi celo,  
y no me da otro consuelo  
que la voz de mi conciencia.  
Yo sus decretos bendigo.

*Conde.*

Ya es algo, segun mi ver,  
llegar hoy, padre, á tener  
en la conciencia un amigo.  
Pero á lo que estoy pensando,  
me asombra lo que decís:  
si por el mando sufrís,  
¿por qué no dejais el mando?

*Everardo.*

(Mirándole con desconfianza y altivez.)  
¿Qué?



- Conde.* Inquisidor general,  
ministro sois, y á mas, padre,  
tambien de la reina madre  
director espiritual.  
¿Cuál es el ser protegido  
que con tantos cargos puede?  
no sé; y es fuerza que quede  
alguno desatendido.
- Everardo.* Es decir que vos dudais  
de mis fuerzas y deseo,  
y acaso de tanto empleo  
la renuncia aconsejais.  
Si tal es vuestra demanda,  
dejarlos será justicia,  
por si es que alguno codicia  
el conde de Peñaranda.
- Conde.* ¿Y el conde, os habeis pensado  
que á caza de cargos anda?  
Al conde de Peñaranda  
le sobra con su condado.  
Os hablé con la franqueza  
del que á ningun puesto aspira,  
que os ama, y de cerca mira  
peligrar vuestra cabeza.
- Everardo.* ¡Ay conde! vuestros asombros  
por cierto risa me dan...  
descuidad, que no vendrán  
á alcanzarla de mis hombros.
- Conde.* El puro interes me anima,  
y... tened, padre, presente,  
que es golpe que no se siente  
hasta que está muy encima.
- Everardo.* No espero que me lo den :  
hay nobles que en mi favor...
- Conde.* Ved que estais en un error;  
los nobles no os quieren bien.
- Everardo.* De vuestro anuncio fatal  
tambien ahora me río...  
siempre el pueblo será mio...
- Conde.* Es que el pueblo os quiere mal.
- Everardo.* Bien delirais.
- Conde.* Si deliro,



ved hoy cómo os recibió  
el pueblo, apenas os vió  
á la entrada del Retiro.

*Everardo.* No sé, conde...

*Conde.* ¡Oh...! pues yo sí;  
vi mil grupos que os cercaron,  
y á vuestro coche tiraron...

*Everardo.* ¿Tiraron?

*Conde.* Sí.

*Everardo.* No lo vi.

*Conde.* Desde un balcon, la metralla  
pude ver... y ¡Dios me libre!  
porque era de buen calibre...

*Everardo.* No es ese el pueblo, es... canalla,

*Conde.* Reparad que es numerosa,  
y ved que en una ciudad  
no cabe...

#### ESCENA IX.

DICHOS. UN UGIER.

*Ugier.* Su magestad.

*Everardo.* ¿Conde...?

*Conde.* Eso ya es otra cosa.

Si importuna mi presencia,  
ya os dejo, no os enojeis...  
Cuando del príncipe hableis,  
padre, hacedlo con conciencia.  
Y aquel mi anuncio fatal  
tened presente tambien:  
los nobles no os quieren bien,  
y el pueblo os quiere bien mal. (*Vase.*)  
¡Oh! te he de poner tan lejos  
y te tendré tan seguro,  
que no has de darme, lo juro,  
mas avisos ni consejos.

*Everardo.*

#### ESCENA X.

EVERARDO. EL UGIER. EL MARQUES y GUARDIAS.

*Marques.* La reina va á salir... ¡cómo! ¿esas puertas



no estan cerradas... ni el balcon... ? ; me gusta!  
; Y la reina que está tan delicada!

Por Dios, ugier, con la mayor premura  
encajad las maderas, porque el aire  
puede ofender á su persona augusta.

*Everardo.* Cerradlas, sí; pero de tal manera,  
que no quedemos, buen marques, á oscuras.

*Marques.* ; Oh... ! no señor; la luz es lo primero,  
porque ella á veces la razon alumbra.

*(Al ugier, que ha encajado los cristales del balcon y cerrado la puerta de la derecha.)*

Asi está bien. Su magestad se acerca.

*(A Everardo.)*

Su estrema palidez mucho me asusta.

### ESCENA XI.

LA REINA. EVERARDO. EL MARQUES. UN UGIER. DAMAS y  
GUARDIA DE HONOR.

*(Aparece la reina rodeada de sus damas. Everardo la saluda con dignidad. El marques con exageracion.)*

*Marques.* Venid, señora, y el real asiento  
ocupad al momento.  
La augusta ceremonia de este día  
os tendrá muy cansada...

*Reina.* Es cierto, Aytona;  
y admito tu fineza. *(Se sienta.)*

*Everardo.* Sentiría  
que hoy no pudiera vuestra real persona  
varias nuevas oir con bazarria  
que atañen muy de cerca á la corona.

*Reina.* Decidlas, que aunque es cierto que padezco,  
oir las con valor, padre, os ofrezco.

*Everardo.* Es que si acaso la salud lo veda,  
no conviene abusar...

*Marques.* Haré que al punto  
se presente el doctor Avellaneda,  
y el médico de cámara su adjunto.  
Porque, señora, en vuestro rostro veo



- señales de dolor...
- Everardo.* (Bajo.) Vos no veis nada.
- Marques.* (Idem.) Entonces me engañé.
- Reina.* Tu buen deseo  
agradezco, marques; mas aliviada  
me siento, y por ahora  
me parece que no los necesito.
- Marques.* Que el cielo os libre de ellos, gran señora;  
asi del Criador lo solicito.
- Everardo.* (Aparte al marques.)  
Con la guardia, marques, idos afuera.  
Ninguno aquí ha de entrar.
- Marques.* ¿Y si se obstina...?
- Everardo.* ¡Ninguno!
- Marques.* Bien.
- Everardo.* Y que las damas vayan  
á esperar en la cámara vecina.  
(Habla aparte el marques con las damas, las que se  
retiran por la puerta de la izquierda, y el marques  
con los guardías por la de la derecha.)

## ESCENA XII.

LA REINA. EVERARDO.

- Everardo.* Ya estamos solos.
- Reina.* Solos, padre mío.  
¿Quiénes son los que ahora se confuran?  
Decid, porque de todos desconfío,  
y esas nuevas no sé lo que me anguran.  
¿Peligran otra vez nuestras cabezas?
- Everardo.* Señora, puede ser...
- Reina.* La calma fria  
que afectais, vuestra voz, esas miradas,  
redoblan mi inquietud y mi agonía.  
¡Acabad...!
- Everardo.* Sosegaos, que por fortuna  
de dos cabezas... ambas coronadas,  
peligra solo una,  
y esa es ¡oh reina! la cabeza mia.
- Reina.* ¡Qué decís!
- Everardo.* Sosegaos, doña Mariana,



que aunque habeis como yo sangre alemana...  
por vos nada temais, que en esta tierra  
esa turba villana  
á los reyes jamas hizo la guerra.

*(Saca unos papeles, que entrega á la reina.)*

Aquí teneis la dimision, señora,  
que el príncipe don Juan hoy os envia.  
¡Renuncia!

*Reina.*

*Everardo.*

Sí; y ¿os asombráis ahora?

Everardo hace un mes que os lo advertía.

*Reina.*

Teneis razon, y reconozco tarde  
la fé traidora con que me ha vendido  
ese bastardo hipócrita y cobarde.

*Everardo.*

Y bien caro pagamos el descuido.  
Yo empobrecí vuestro real tesoro,  
y con tributos debasté la tierra,  
y al príncipe envié montes de oro,  
y con ellos tambien gente de guerra.  
Armé bajeles y dispuse lanzas;  
mas... de tantos aprestos y milicia  
¿qué ha hecho don Juan? Matar mis esperanzas  
y dormir en los puertos de Galicia.

En tanto Luis catorce por la Holanda  
penetra sin estorbo con su gente,  
y en los dominios españoles manda  
sin que España un soldado le presente.  
Allí con vuestros siervos se desmanda,  
y allí el francés caerá como un torrente  
é inundará vuestro Bravante amado,  
y luego al imperial Franco Condado.

*Reina.*

Callad por Dios, que al escucharos siento  
la cólera estallar. Padre Everardo,  
¿hasta dónde levanta el pensamiento...?  
¿qué pretende del trono ese bastardo?  
Riqueza, honor le dí, y así me hiere:  
conspira, y le perdona mi clemencia...  
¿Qué mas quiere don Juan...?

*Everardo.*

¿Qué es lo que quiere?

mi cabeza, señora, y la regencia.

*Reina.*

Venga por ambas su ambicion sin tino;  
quítlenme los traidores á mi Carlos...  
pero ¡ay! si el rayo vengador fulmino



y salgo antes que lleguen á afrontarlos.  
 Sabedlo; aunque mi mente nada alcanza  
 á penetrar del porvenir oscuro,  
 consoladora guardo una esperanza,  
 y... venceremos, padre, os lo aseguro...  
 Yo he soñado mil veces con la guerra;  
 del pueblo he visto los robustos brazos  
 derribar este alcázar, y por tierra  
 el cetro de mi hijo hecho pedazos.  
 Despues, con la tormenta asoladora  
 un angel misterioso aparecia,  
 y al brillo de su espada vengadora  
 la dulce calma á renacer volvía.  
 Tal vez será quimérica esperanza;  
 pero por dicha en la civil contienda  
 vuestra calma me inspira confianza,  
 y el angel sereis vos que nos defienda.

*Everardo.* (Con vehemencia.)

Sí, reina, lo seré; contad conmigo,  
 que aun no sabeis el fuego que derrama  
 vuestra voz en mi seno... (Mas ¡qué digo!  
 ¡le iba á revelar mi torpe llama!)

*Reina.*

Hartas pruebas me disteis de ese celo,  
 columna de mi trono vacilante,  
 y harto ¡oh padre! conozco que en el suelo  
 para vos no he de hallar premio bastante.

*Everardo.*

Dejad eso por Dios. Vamos ahora  
 á curar del estado los dolores.  
 Don Juan...

*Reina.*

¿Qué debo hacer?

*Everardo.*

¿Qué hacer, señora?

Las leyes no transigen con traidores.

*Reina.*

¡Sentenciarlo á morir...! Padre, os lo vedo.  
 Fuera justo en verdad; mas, horroroso:  
 me ofende, sí; pero olvidar no puedo  
 que el ser le debe á mi difunto esposo.  
 ¡Cuánta clemencia!

*Everardo.*

*Reina.*

No, que es cobardía.

No quiero que la sombra aterradora  
 del rey Felipe cuarto se alce un día  
 y me pida su hijo.

*Everardo.*

Bien, señora.



- Le diré que la reina ha perdonado su inaudita traición, y que se alegra...  
*Reina.* Decidle que le mando desterrado, como un vil, á la torre de Consuegra. Vaya á encerrarse allí sin mas tardanza, sin replicar, como traidor al rey: apague allí la luz de su esperanza, y tema que se incline mi balanza por el lado sangriento de la ley.  
*Everardo.* Que al fin se inclinará.  
*Reina.* Bueno; esperemos á que abuse otra vez de mis favores.  
*Everardo.* Será como decís. Y bien, ¿qué haremos aquí en Madrid con los demas traidores?  
*Reina.* ¿Quiénes son?  
*Everardo.* El mayor, señora mia, un buen aragonés, un tal Malladas, que á la plebe seduce, y cada dia promueve turbulencias y asonadas.  
*Reina.* Prendedlo.  
*Everardo.* ¿Nada mas? Mirad que todo su delito, señora, aun no sabeis. Si os juro que se atreve por el lodo á arrastrar vuestro honor, ¿qué me direis?  
*Reina.* ¿Qué...!  
*Everardo.* En palacio, en las calles, en la plaza, habla de vos, de Peñaranda...  
*Reina.* ¡Infame...!  
 ¿por qué no le habeis puesto una mordaza?  
*Everardo.* Era poco... dejadlo que declame, (*Presenta á la reina un papel.*) y firmad, si os parece, esta sentencia.  
*Reina.* Será dura, ¿es verdad?  
*Everardo.* Algo, señora.  
*Reina.* (*Firmando.*) Se acabó la piedad, no mas clemencia.  
*Everardo.* (*Aparte, recogiendo el papel.*) (Que murmure de mí y del Austria ahora.) Me resta hablar del conde, y os advierto que en mengua de sus títulos y honores...  
*Reina.* ¿Me habláis de Peñaranda...!  
*Everardo.* Sí por cierto.



*Reina.*

¡Peñaranda es tambien de los traidores!  
 ¡Oh...! no, no puede ser; os engañaron:  
 conozco su lealtad: le soy deudora  
 de inmensa gratitud; le mancillaron  
 sus émulos tal vez...

*Everardo.*

(¡Cuánto le adora!)

Reparad que yo solo os proponia  
 aumentos para él, considerando  
 que indolente en la corte envejecia  
 sus títulos y honores amenguando.  
 De Suecia tenemos la embajada  
 vacante... y si la reina lo permite...

*Reina.*

Comision es, por cierto, delicada...  
 dejad que yo á mi solas lo medite.

*Everardo.*

Sea pronto, si os place...

*Reina.*

¡Oh! yo os lo ofrezco.

*Everardo.*

El despacho de hoy, concluye ahora.

(Toca una campanilla y salen las damas, que se retiran con la reina.)

Id, reina, á descansar.

*Reina.*

¡Cuánto padezco!

A Dios, padre Everardo.

*Everardo.*

A Dios, señora.

## ESCENA XIII.

EVERARDO.

Cuando del conde se trata  
 su magestad no me oye...  
 Conozco que han sido estériles  
 hasta ahora mis razones,  
 y que no podré con ellas  
 separarla de ese hombre.  
 Pero, los celos... ¡los celos!  
 le harán renegar del conde.  
 ¡Marques!

## ESCENA XIV.

EVERARDO. EL MARQUES.

Señor, ¿me llamais?



*Everardo.* Sí; tomad esta real orden  
y haced prender á Malladas  
con sigilo: en vuestro coche  
lo llevareis á la carcel,  
y...

*Marques.* Que lo carguen de prisiones,  
¿no es eso? Yo haré que en ella  
su carácter se reforme.

*Everardo.* En ella secretamente  
hareis que le den garrote.

*Marques.* ¡Santos del cielo!

*Everardo.* Id, marques.

*Marques.* Pero, ¡señor...!

*Everardo.* No demore

los mandatos de la reina:  
ciego ha de ser, calle y obre.

*Marques.* *(Se retira santiguándose.)*

*(In nomine Patri, et Filius...)*

¡Jesus! ¡Jesus...! me perdone.)

#### ESCENA XV.

*EVERARDO.* Despues EL CONDE, que sale por la puerta  
secreta.

*Everardo.* *(Escuchando el ruido de la llave en la  
puerta.)*

¡Quién anda ahí!

*(Viendo salir al conde.)*

¡Cielos! ¿vos?

¡Vos por ahí!

*Conde.* ¿Qué os inquieta?

esta es la puerta secreta  
por donde entramos los dos.

*Everardo.* ¿Por ella entráis vos tambien?

*Conde.* Y escucho; son humoradas:  
hoy con el pobre Malladas,  
padre, lo habeis hecho bien.

*Everardo.* ¿Lo aprobais...?

*Conde.* Si eso es muy bueno;

á los dos nos estorbaba,  
porque era un hombre que hablaba



*Everardo.* todo lo suyo y ageno...  
Vuestras palabras me dan  
á conocer...

*Conde.* Que os he oído...  
Bravamente habeis mentido  
cuando hablabais de don Juan.  
*Everardo.* ¡ Conde !

*Conde.* Y no tanto por Dios  
cuideis , gran señor , de mí ,  
porque á mi ver tengo aqui  
bastante que hacer con vos.

*Everardo.* Mirad que nadie en la tierra...

*Conde.* Haced lo que mas os cuadre ;  
yo estoy por la guerra , padre.

*Everardo.* (*Presentándole la mano.*)  
Pues guerra , conde.

*Conde.* (*Estrechándosela.*) Pues guerra.

*Everardo.* ¿ Quereis mañana comer  
conmigo ?

*Conde.* ( ¿ Me irá á envenenar ? )

¿ Quereis conmigo almorzar ?

*Everardo.* ¿ Será almuerzo de enemigo ?

*Conde.* ¿ Qué tal será la comida ?

*Everardo.* No habrá dañina vianda.

*Conde.* A lo mismo Peñaranda ,  
señor ministro , os convida.  
(*Vuelven á darse las manos.*)

*Everardo.* Pues á Dios , y hasta comer.

*Conde.* Pues á Dios , y hasta almorzar.

*Everardo.* ( ¿ Qué pronto has de tropezar ! )

*Conde.* ( ¡ Oh... ! ¿ qué pronto has de caer ! )

(*Vanse Everardo por la puerta secreta y el conde por  
la de la derecha.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



## Acto segundo.

### ESCENA PRIMERA.

MENDOZA. PACHECO.

*(Aparece en la escena el primero: el segundo entra por la derecha recatándose, y al ver á aquel se descubre.)*

*Pacheco.* Mendoza, ¿vos por aquí?

*Mendoza.* Pacheco, ¿vos por acá?

*Pacheco.* *(Bajo.)* ¿Os han citado?

*Mendoza.* ¿Y á vos?

*Pacheco.* ¿Sospechais de mí?

*Mendoza.* No tal.

*Pacheco.* Yo por el conde he venido.

*Mendoza.* Y yo tambien.

*Pacheco.* Bueno va.

*Mendoza.* ¿Qué contraseña teneis?

*Pacheco.* Solo os diré la mitad,  
y acabarla podreis vos.  
Reina...

*Mendoza.* Y abajo Nithard.

*Pacheco.* Esa es la mia.

*Mendoza.* Pues yo  
tengo la misma señal.

*Pacheco.* ¿Habeis visto á Peñaranda?

*Mendoza.* No.

*Pacheco.* ¿Ni sabeis dónde está?

*Mendoza.* Tal vez aquí.



*Pacheco.*

Su conducta

es por cierto singular.

¿Quién, al verlo tan amigo  
del ministro universal,  
al ver que ya comen juntos,  
y juntos do quiera van,  
creerá que el conde pretende  
dar en tierra con Nithard,  
y poner, para mas gloria,  
al príncipe en su lugar?

*Mendoza.*

Teneis razon; pero el conde  
es en extremo sagaz,  
y es hombre que representa  
su papel de un modo tal,  
que da golpes formidables  
jugando con los demas.

*Pacheco.*

Es muy cierto; mas, decidme,  
del buen Malladas ¿qué hay?

*Mendoza.*

Lo ignoro, y hace tres dias  
que lo busco sin cesar...

*Pacheco.*

Tambien yo; en su casa estuve,  
y las noticias que dan  
son tambien que hace tres dias  
que salió, y no ha vuelto mas.

*Mendoza.*

Se habrá escondido tal vez...

*Pacheco.*

¡Sabe Dios dónde estará!

*Mendoza.*

¿Temeis alguna catástrofe?

*Pacheco.*

Todo hoy lo temo...

*Mendoza.*

¡Callad!

De una llave siento el ruido...

*Los dos.*

(Viendo salir al conde por la puerta secreta,  
que volverá éste á cerrar.)

¡Peñaranda!

*Mendoza.*

¡Voto á San!

Hasta las paredes se abren  
para dejarlo pasar.

## ESCENA II.

EL CONDE. MENDOZA. PACHECO.

*Conde.*

Mendoza, oid un momento,



(A Pacheco.)

Vos, alerta y avisad.  
Hoy mismo va á salir tropa  
para prender á don Juan.  
En vuestro mejor caballo  
al punto habeis de marchar,  
y de mi parte este pliego  
le entregareis.

*Mendoza.*

Bien.

*Conde.*

Tomad.

Añadidle de palabra  
que no hay que titubear;  
que venga sobre Madrid  
con su escolta nada mas,  
y que yo quedo encargado  
de dar el golpe mortal.

*Mendoza.*

Generoso Peñaranda,  
como lo ordenais se hará,  
aunque la vida y hacienda  
tenga en ello que arriesgar.

*Conde.*

Y ¿os figurais que yo quedo  
mas seguro por acá?  
Si el incendio que hoy preparo  
consigue el padre apagar,  
os juro, Mendoza amigo,  
que lo he de pasar muy mal.

*Mendoza.*

Me allige que hoy me aparteis  
de vuestro lado.

*Conde.*

Idos ya,

que nada importa mi vida  
si salvamos á don Juan.

*Mendoza.*

Asi os quiero; y antes, conde...  
dadme los brazos.

*Conde.*

Tomad.

*Mendoza.*

¿ Si será la última vez  
que nos abrazamos?

*Conde.*

¡ Vá!

Qué ha de ser; y si en el lance  
salimos, Mendoza, mal,  
ireis á abrazarme...

*Mendoza.*

¿ Dónde?

*Conde.*

Al valle de Josafat.



*Mendoza.*  
*Conde.*

Siempre el mismo. A Dios.

A Dios,

*Mendoza.*  
*Conde.*

y corred cuanto podais.  
Reventaré mis caballos.  
Eso quiero.

(*A Pacheco.*)  
Vos, acá.

### ESCENA III.

EL CONDE. PACHECO.

*Conde.*  
*Pacheco.*

Pacheco, ¿cómo está el pueblo?  
Como las ondas del mar  
en medio de la tormenta.

*Conde.*  
*Pacheco.*

¿Brama?

No; mas bramará.

*Conde.*

Bien. ¿Y qué tal le ha sentado  
la prohibicion de llevar  
armas?

*Pacheco.*

¿Cómo quereis vos  
que le siente, sino mal?  
Tal vez al señor ministro  
le aconseja Satanás.

*Conde.*

Mirad que yo le aconsejo.

*Pacheco.*

¿Vos, Peñaranda?

*Conde.*

Cabal,  
¿Acaso habeis olvidado  
lo que dice aquel refran...  
*del enemigo el consejo?*

*Pacheco.*

¡Ya...!

*Conde.*

Pues á su magestad  
esta medida dicté:  
consultóla con Nithard,  
y aunque supo que era mia  
la aceptó sin reparar  
que con ella aceleraba  
la venida de don Juan.

*Pacheco.*

Por lo menos, señor conde,  
habeis conseguido ya  
que esté el pueblo de Madrid  
como no ha estado jamas.



En vano los imperiales  
 intentan desanimar  
 la multitud de corrillos  
 que por todas partes hay.  
 Si de aquí los desalojan,  
 se reúnen mas allá.  
 En varios me he introducido,  
 y en secreto cada cual  
 me ha presentado las armas  
 con que podemos contar.  
 Quién me enseña un arcabuz,  
 quién una espada, un puñal;  
 todos murmuran... y en fin,  
 la agitacion es hoy tal,  
 que temo que antes de tiempo  
 la mina á volarse va.

*Conde.* Yo me alegrara infinito.

*Pacheco.* ¿No era mejor aguardar,  
 para hacerlo de una vez,  
 á que llegara don Juan?

*Conde.* Y ¿no es mejor todavía  
 que de esta oportunidad  
 nos salgamos de manera  
 que el príncipe, en vez de entrar  
 á sangre y fuego la villa,  
 haga su entrada triunfal?

*Pacheco.* Como gustéis.

*Conde.* Sí; es preciso  
 ese fuego aprovechar...  
 fuego que de tarde en tarde  
 se le hace arder: además,  
 no nos conviene que el pueblo  
 se acostumbre á alborotar,  
 que así se desmoraliza,  
 se hace exigente, holgazan,  
 y aunque luego le den gloria  
 no se contenta jamas.

*Pacheco.* Por Dios, que sospecharian,  
 si aquí os oyeran hablar,  
 que aspirabais al poder.

*Conde.* ¿Porque digo la verdad?  
 pues para que tal no crean



*Pacheco.* de mi boca no saldrá.  
Hareis muy bien ; pero , conde ,  
¿ qué es de Malladas ?

*Conde.* Callad.

*Pacheco.* ¿ Oir su nombre os disgusta ?  
¿ Huyó ? ¿ nos vende ?

*Conde.* Rogar  
podeis á Dios por su alma.

*Pacheco.* ¿ Qué decis ! ¿ pues dónde está ?

*Conde.* Everardo y el verdugo  
mejor que yo os lo dirán...

*Pacheco.* ¿ Murió !!

*Conde.* Sí ; pero en secreto.

*Pacheco.* ¿ Bárbaros... oh... ! ¿ qué crueldad !

¿ Cuánta sangre ha derramado  
ese hipócrita aleman !

¿ Infeliz amigo mio... !

¿ Conde ! Y ¿ no hemos de vengar  
este atroz asesinato ?

*Conde.* Tened , Pacheco , y mirad  
que aqui las paredes oyen ,  
y esto os puede ser fatal.

*Pacheco.* Sí , sí ; os dejo , porque quiero  
otro ambiente respirar :  
el aire de este palacio  
me abrasa...

*Conde.* Bien ; id , contad  
en la plaza esta ocurrencia ,  
y el fuego se aumentará.  
Hoy á mí no me han de ver ,  
porque aqui debo de estar ;  
con que añadid que estoy preso ,  
y que en breve suerte igual  
á la del pobre Malladas  
va á hacerme sufrir Nithard.  
Si veis que llega la noche  
y no revienta el volcan ,  
decidle á los iniciados  
que me vayan á buscar  
á la casita pequeña  
de Leonor...

*Pacheco.* ¿ Leonor ?



Conde. Sí tal.

Pacheco. ¿No es la marquesa de Aylona?

Conde. La misma.

Pacheco. Y ¿vais á fiar  
á la marquesa secretos  
de esta importancia?

Conde. Cabal.

¿Pensabais que era *Evertista*?

Pacheco. Pero el marques...

Conde. Descuidad:  
el marques es un bendito,  
y nada de ello sabrá;  
ademas alli podremos  
estar con seguridad...

Pacheco. ¿Y la teneis prevenida?

Conde. Muy en breve lo estará.  
Hoy habrá entrado de guardia  
en la cámara real,  
y aqui la he citado.

Pacheco. Bien:  
¿os falta algo...?

Conde. Nada mas.

Pacheco. (*Dirigiéndose á la puerta de la derecha.*)  
Pues voy á incendiar la villa.

Conde. Id con Dios... pero aguardad,  
que alli vienen el marques  
y el padre nuestro.

Pacheco. ¿Qué azar!

Conde. (*Abriendo la puerta secreta.*)

No os allijais; por aqui,  
por aqui, y nadie os verá.

Voy á servirlos de guia  
hasta la escalera, entrad.

(*Vanse, y el conde cierra la puerta.*)

#### ESCENA IV.

EVERARDO. EL MARQUES.

Marques. Pues no está; dijisteis bien.

Everardo. ¿A qué os procurais desvelos?  
Solamente vuestros celos



en todas partes lo ven:  
*Marques.* ¿Celos? ni por soñacion.  
*Everardo.* Pues hay quien piensa al revés;  
 para tenerlos, marques,  
 dicen que os sobra razon.  
*Marques.* ¿Será cierto?

*Everardo.* A no dudar;  
 pero ¿á qué os haceis de nuevas  
 si vos presentais las pruebas  
 queriéndolas ocultar?

*Marques.* ¿Yo...! ¿Padre?

*Everardo.* Vos, sí señor;  
 por Dios, marques, ¿no notais  
 que cuando del conde hablais  
 lo haceis con cierto rencor?  
 Sus pensamientos livianos  
 censurais con tal porfía...  
 y esto lo haceis desde el día  
 del último besamanos.  
 ¿Recordais...?

*Marques.* No...

*Everardo.* ¿Fuerte cosa!  
 Aquel en que desde allí  
 (Señala al balcon.)

vimos cruzar por aquí  
 al conde y á vuestra esposa.

*Marques.* ¿Aah!

*Everardo.* ¿Ya os acordais? Despues  
 seguí al conde de hora en hora,  
 y sé que ha entrado á deshora  
 en vuestra casa, marques.

*Marques.* ¿Lo sabeis! Yo bien decia  
 que un nocturno rondador  
 pensaba ultrajar mi honor;  
 está bien: ¿por vida mia!

*Everardo.* (Todo el hilo descubrí.)  
 ¿Con que tan celoso estaba  
 Aytona, y disimulaba  
 desconfiando de mí?  
 ¿No lo creyera jamas!  
 Sabed que por la esperiencia  
 sé leer en la conciencia...



*Marques.* y en la vuestra mucho mas.  
Perdonad si he sido infiel;  
pero no estrañeis mi porte,  
porque un celoso en la corte  
hace muy triste papel.  
Ademas que yo ignoraba  
quién era el favorecido...  
es decir, el atrevido  
que así á mi honor atentaba.

*Everardo.* Muy bien; pero á la moral  
será fuerza que escucheis,  
y al adúltero acuseis  
ante el santo tribunal.

*Marques.* ¿Y la marquesa, señor?

*Everardo.* No temais por la marquesa:  
quedará su fama ilesa,  
y el conde por seductor.  
¿No teneis, marques amigo,  
de los amores del conde  
alguna prueba por donde  
poseyerais un testigo?

*Marques.* Nada tengo contra él,  
aunque tener bien quisiera:  
hoy tan solo en la cartera  
de Leonor hallé un papel...

*Everardo.* ¿Del conde?

*Marques.* Sin firma está.

*Everardo.* ¿Tenéislo ahí?

*Marques.* No lo sé...

*Everardo.* Miradlo.

*Marques.* Sí; lo guardé...  
es el mismo.

*Everardo.* Dadme acá.  
(*Lee.*)

Mañana entráis en palacio;  
en palacio nos veremos,  
y os advierto que tenemos  
que hablar en él muy despacio.

(*Quédase mirando el billete, y dice aparte.*)  
Es del conde.

*Marques.* ¿Y bien, señor?

*Everardo.* Qué quereis, no está firmado...



dice abajo "contestado."

¿Y esta letra?

*Marques.* Es de Leonor.

*Everardo.* Algunas cartas del conde recuerdo que he de tener... dejadme esta, y podré ver si la letra corresponde.

*Marques.* ¡Por Cristo, padre, guardad antes que todo el secreto...!

*Everardo.* Aytona, yo os lo prometo.

(*Mirando por la puerta de la izquierda.*)

Ya sale su magestad para orar en la capilla. Con las damas á mi ver no viene vuestra muger.

*Marques.* Y es verdad: ¡me maravilla!

*Everardo.* Debeis estar muy alerta.

*Marques.* Y tanto como he de estar.

#### ESCENA V.

LA REINA. EVERARDO. EL MARQUES. UN UGIER y DAMAS.

(*Sale delante el ugier y abrirá la puerta del frente, dejándose ver con dificultad, por la escasa luz, el interior de la capilla, que no debe aparecer iluminada hasta la conclusión del acto.*)

*Reina.* (*A las damas.*)

A solas quiero rezar: me dejareis en la puerta.

*Everardo.* Muy buenas tardes, señora.

*Reina.* Muy buenas.

*Everardo.* ¿Estais mejor?

*Reina.* Sí, padre; y voy al Señor á darle gracias ahora.

*Everardo.* Si lo permitís, tambien iré á unir mis oraciones...

*Reina.* Vos en todas ocasiones sereis recibido bien.

*Everardo.* Vuestra esquisita bondad conoce á fondo Everardo.



*Reina.* En la capilla os aguardo.

*Everardo.* Iré al punto, descuidad.

*(Entra la reina en la capilla: el uger cierra la puerta, y se vuelve con las damas por la izquierda.)*

## ESCENA VI.

EVERARDO. EL MARQUES.

*Everardo.* (¡Oh...! ¡cómo acreces la llama de mi infortunado amor!)

*(Va á cerrar la puerta de la izquierda, y antes de encajarla quédese mirando hácia dentro y dice:)*  
¡Cielos!

*Marques.* ¿Qué...?

*Everardo.* Venid.

*Marques.* ¿Señor?

*Everardo.* ¿Conoceis á aquella dama?

*Marques.* No... sí... dejádmela ver.

*Marques.* ¿Aquella que está asomada al balcon, tan recatada?

*Everardo.* La misma.

*Marques.* ¿Si es mi muger!

*Everardo.* ¿Es posible?

*Marques.* ¡Voto á San...!

*Everardo.* Ved como el pañuelo enseña... tal vez le está haciendo seña al misterioso galan.

*Marques.* ¡Si tal supiera...!

*Everardo.* Sí, sí;

del balcon se quita ya...

y se dirige hácia acá...

¿sí será la cita aqui?

*Marques.* ¡Aqui...! pero si me ven...

*Everardo.* ¿No teneis otra razon?

Mirad, desde ese balcon

ya sabeis que se oye bien.

*Marques.* (Dirigiéndose al balcon.)

Pues vamos en él á entrar.

Les juro á los desleales

que...

*Everardo.* No encajeis los cristales.



Marques. ¿Y vos?

Everardo. ¿Yo? voy á rezar.

(Entra Everardo en la capilla, y el marques en el balcon.)

ESCENA VII.

LEONOR. EL MARQUES. Despues EL CONDE, por la derecha.

Leonor. Aun no está... ¿si habrán notado desde el patio la señal?

¿Será mi desdicha tal?

No viene... ¿qué habrá pasado?

Marques. (Pues el galan por aquí no parece. ¿Si mis celos serán injustos?)

Leonor. ¡Ah...! ¡cielos! respiro, que viene allí.

Marques. (Lo dicho; y ¿dudaba yo de sus intenciones? ¡Va!)

Leonor. (Viendo salir al conde.) ¡Peñaranda!

Conde. ¡Leonor!

Marques. ¡Ah!

Conde. ¿Estamos solos?

Leonor. Sí.

Marques. (No.)

Conde. Nada falta que arreglar; ya todo está preparado, y todo el mundo avisado.

Marques. (¡Cielos! ¿me la irá á robar?)

Conde. Nuestro plan sabeis cuál es, y á mal dar, será la cita postrera en vuestra casita.

Leonor. Pero... ¿y si llega el marques...?

Conde. Nunca tuvo tentacion de acercarse, y ademas yo le haré volver atrás...

Marques. (Iré con un escuadron.)

Conde. Marquesa, ¿me sereis fiel? Confio en vuestro talento...

Leonor. Mirad vos si represento con destreza mi papel.



~~Conde.~~ ¡Oh...!

~~Marques.~~ (¿Qué mas se han de decir?)

~~Leonor.~~ No obstante, temo un fracaso...  
si el marques...

~~Conde.~~ No hacedle caso.

~~Marques.~~ (¿No me queda mas que oír!)

~~Conde.~~ A Dios, marquesa, Leonor.

~~Leonor.~~ A Dios: ¿volveis pronto?

~~Conde.~~ Sí,

que ambos tenemos aquí  
empeñado nuestro honor.

(*Vase por la derecha.*)

### ESCENA VIII.

LEONOR. EL MARQUES.

~~Leonor.~~ Plegue al cielo en esta empresa  
ayudarnos...

~~Marques.~~ (Ya se fué.)

~~Leonor.~~ Desde el balcon miraré.

(*Vase derecha al balcon, á cuyo tiempo abre el marques los cristales.*)

¡Ay Jesus!

~~Marques.~~ Hola, marquesa.

~~Leonor.~~ ¿Estabais ahí?

~~Marques.~~ ¿No lo veis?

El lance ha estado gracioso:

¿al ver aquí á vuestro esposo,  
decid, no os estremeceis?

~~Leonor.~~ Pues ¿qué ha habido?

~~Marques.~~ ¿Qué! ¿qué ha habido

osais, Leonor, preguntar?

Señora, ¿ireis á negar  
lo que yo he visto y oído?

~~Leonor.~~ ¿Qué habeis visto?

~~Marques.~~ ¿Pues me agrada!

Marquesa, con estos ojos...

~~Leonor.~~ ¡Eh...! serán vuestros anteojos;  
marques, no habeis visto nada.

~~Marques.~~ Si os digo que estoy informado  
de todo, ¿qué añadiréis?



- Leonor.* Diré que nada sabeis,  
ó bien que os han engañado.
- Marques.* ¡Señora! por vida mia  
que la que engaña sois vos.
- Leonor.* Aytona, quedaos con Dios,  
y curaos de esa manía.
- Marques.* De nada os vale ese ardid;  
aquí os habeis de quedar  
y mis quejas escuchar...
- Leonor.* Pesado estais: bien, decid.
- Marques.* Por dónde empezar no sé;  
que aquí me habeis ultrajado  
y hasta os habeis olvidado  
de vos misma, bien se ve.  
¿No estaba de tanto enredo  
satisfecho vuestro porte,  
que pretendéis que la corte  
os señale con el dedo?  
¿Así tratáis tan despacio,  
y estas no son conjeturas,  
amorosas aventuras  
con un galán en palacio?  
¿Dónde vais, no me decís?  
¿Qué! ¿podreis negarme ahora  
que estais pensando, señora,  
en fugaros? ¿Os reis!  
Por Cristo, doña Leonor,  
que al pesar vuestro delito  
y ese descaro inaudito  
no sé cuál es el mayor.
- Leonor.* Habeis dado en sospechar  
sin fundamento de mí...
- Marques.* ¿Sin fundamento, y os vi!
- Leonor.* Entonces no hay que fiar.
- Marques.* ¿Y la cita? ¿Y el temor  
de que en ella os sorprendiera?
- Leonor.* ¿Me creereis? ¿quién lo dijera!  
pues nada de eso es amor.
- Marques.* Con otro enredo además  
¿pensais que os he de creer?
- Leonor.* Pues mirad cómo ha de ser,  
que no os puedo decir mas.



*Marques.* ¿No podeis? Ya sé, traidora,  
que amais al conde...

*Leonor.* ¡Callad!

### ESCENA IX.

LA REINA Y EVERARDO salen de la capilla. LEONOR. EL  
MARQUES.

*Everardo.* ¿Lo oyó vuestra magestad?

*Leonor.* ¡La reina!

*Marques.* (*Bajo.*) Está bien, señora;  
ya sé lo que debo hacer.

*Reina.* (*A Everardo.*)  
Autorizado quedais  
para hacer cuanto querais;  
vuestro es hoy todo el poder.

(*A Leonor.*)

¿Qué vienes aquí á buscar?

¿No estabas, dime, indispuesta...?

¿O ya trabajo te cuesta  
acompañarme á rezar?

*Marques.* ¡Ay, señora...!

*Reina.* (*Interrumpiéndole.*)

He preguntado

á la marquesa.

*Marques.* Es muy cierto.

*Reina.* A la marquesa; y advierto  
que ella aun no me ha contestado.

*Leonor.* Vos sabeis cuánto se afana  
por serviros, como es justo,  
la marquesa, y que su gusto  
es el de su soberana.

Me he quejado con razon  
esta tarde, y vos piadosa  
creisteis que era... gran cosa  
mi leve indisposicion.

Mejor me llegué á sentir,  
y aquí despues he salido...  
á buscar... á mi marido...

*Marques.* (¡Vaya un modo de mentir!)

*Reina.* No apruebo de tu salida



sino, el motivo que das;  
pero advierte que aun no estás  
del todo restablecida.

Vuelve á tu aposento, sí;  
que ademas de otras razones  
el aire de estos salones  
te puede ofender...

*Leonor.*

Aquí

estoy bien, pues ya cesó...

*Reina.*

(*Con severidad.*)

Leonor, sin contradecir;  
vete, y de él no has de salir  
hasta que lo mande yo.

(*Leonor saluda á la reina, y se retira por la izquierda. Everardo, que habrá estado escribiendo durante este diálogo, se levanta y entrega al marques un papel.*)

*Marques.*

(Así mi esposa querida  
no podrá...)

*Everardo.*

Tomad.

*Marques.*

¿Qué es esto?

*Everardo.*

Esa orden llevad presto  
al conde de Fuensalida.  
Decidle que marche luego  
contra los grupos que halle...  
y en la plaza ó en la calle,  
si no ceden, que haga fuego.

*Marques.*

¿Tenemos otra asonada?

*Everardo.*

Tenemos; volad, marques.

## ESCENA X.

LA REINA. EVERARDO.

*Reina.*

¿Qué es eso, padre?

*Everardo.*

Esto es

anticipar la jugada.  
Cuando estuvimos detras  
de aquella puerta, en rigor  
solo aquí habeis visto amor,  
y yo le visto mucho mas.

*Reina.*

Pero ¿qué...

*Everardo.*

Dejadme hacer,



y ya vereis que no en vano  
 hoy habeis puesto en mi mano,  
 señora, todo el poder.  
*(Vase por la puerta secreta.)*

# ESCENA XI.

LA REINA.

No me abandones, valor,  
 ven y alienta mi esperanza:  
 con tu vivo fuego lanza  
 del alma mia el pavor.  
 Ya del trono en derredor  
 eclipsa los resplandores  
 esa grey de malhechores...  
 ¡ay de mí! vuelvo los ojos,  
 y no encuentro mas que abrojos,  
 por todas partes traidores.  
 Con que ¿tambien me abandona  
 ese conde fementido?  
 Muy pronto ha dado al olvido  
 que aun ciño yo la corona.  
 ¿Desdena por la de Aytona  
 á la reina Mariana...!  
 ¡Oh...! de burla tan villana  
 le haré la insolencia ver,  
 para que aprenda á tener  
 respeto á su soberana.  
 Y ¿es el orgullo, María,  
 la causa de tus desvelos?  
 O bien mirado ¿son celos?  
 ¡Celos son, por vida mia!  
 Sal de aqui, traidora, impia,  
 devoradora pasion:  
 si no mas que humillacion  
 es lo que buscas en mí...  
 para arrojarte de aqui  
 me arrancaré el corazon.



## ESCENA XII.

LA REINA. EL CONDE.

¡Ah!

¿Qué es eso, conde?

De prisa venís.

¿Tal vez no esperabais  
encontrarme aquí?*Conde.* Sí... á vos os buscaba.*Reina.* Señor conde, ¿á mí?*Conde.* A vos, sí señora.*Reina.* Y bien, ¿no advertís  
que hablais á la reina?*Conde.* ¿No lo he de advertir?  
¿pensais que estoy ciego?*Reina.* Jurara que sí.*Conde.* ¿Razon no me dais?*Reina.* ¿Razon me pedís?Que hablais á la reina  
os vuelvô á advertir.*Conde.* ¿Lo pongo yo en duda?*Reina.* Y ¿no os descubris?*Conde.* (*Descubriéndose.*)Perdonad si en esto  
llegué á delinquir.

Culpaos á vos misma,

á vos, reina, sí;

~~que en~~ tiempo, por cierto  
mas grato y feliz,  
permiso me disteis  
para estar así.*Reina.* Entonces no supe  
mandándoos cubrir  
á quién prodigaba  
honores sin fin.No supe al colmaros  
de favores mil,  
que vos erais, conde,  
capaz de mentir.*Conde.* ¡Señora!*Reina.* Por dicha,  
no es facil aquí



vivir mucho tiempo  
como vos vivís:  
que todo en palacio  
se descubre al fin,  
la máscara cae  
al menor desliz...  
y al conde sin ella  
le estoy viendo aquí.

*Conde.*

Dejad el misterio,  
señora, y decid  
por qué es vuestro enojo,  
en qué os ofendí...

*Reina.*

Ya sé que sois diestro,  
de ingenio sutil,  
que siempre con fruto  
del rostro os servís,  
y á él no dejáis  
la verdad salir.

Por eso es en vano  
que esteis, conde, así;  
cualquiera diría  
que ahora sufrís,  
que estais inocente...  
y á todos en fin  
tal vez engañárais,  
á todos, no á mí.

*Conde.*

Comprendo, señora,  
que algun torpe ardid,  
alguna intriguilla  
de un alma ruin  
se habrá levantado  
cebándose en mí.

Que vos, sin cautela  
llegásteis á oír  
palabras dictadas  
por la envidia vil,  
y víctima de ellas  
tal vez... ¿no es así?

*Reina.*

No es eso.

*Conde.*

¿No es eso?

Entonces decid  
que ya arrepentida



de hacerme feliz,  
sin que vos podais  
quejaros de mí,  
quereis que en palacio  
no vuelva á asistir.  
Está bien ; si es cierto  
me alejo de aqui,  
renuncio á la gloria  
de mi porvenir...  
y si esto aun no os place,  
si es poco, decid  
que vaya al cadalso,  
veréisme subir  
con frente serena...  
¿ señora ! ¿ os reís ?  
Asunto tan grave  
¿ os hace reir ?

*Reina.* Me río admirando  
lo bien que fingís.

*Conde.* El alma os hablaba...

*Reina.* Podrá ser así,  
mas yo no lo creo.

*Conde.* Por Dios que es sutil  
la trama, y no puedo  
cuál es descubrir :  
señora , explicaos,  
y al conde advertid  
~~por~~ qué es vuestro enojo...

*Reina.* (*Levantándose.*)  
¿ Qué es lo que pedís !  
¿ Acaso mi orgullo  
pensais abatir ?  
¿ Quereis que aqui os doble  
mi altiva cerviz...  
que yo misma os vaya  
mi queja á decir... ?  
Si es tal vuestro empeño,  
altivo venís.

*Conde.* ¿ Altivo ? miradme  
prosternado aqui.

(*Pausa.*)

Mas... ¡ cielos ! en tierra



- ¿que esté permitís?  
 ¿Negáisme la mano...  
*Reina.* Estais bien asi.  
*Conde.* Señora, escuchadme;  
 os vuelvo á pedir...  
*Reina.* ¿Que halague el oido  
 del conde, pedís?  
 en buen hora, sea...  
*Conde.* Sí, sí; proseguid...  
*Reina.* Qué es ello, os vendrán  
 muy pronto á decir.  
*Conde.* ¿Volvéisme la espalda!  
 atended, oid...  
 ¿asi me dejais?  
*Reina.* Quedaos, conde, asi.

### ESCENA XIII.

EL CONDE. *Despues* EVERARDO.

- Conde.* Tal ultraje... ; vive Dios...!  
 (*Incorporándose al ver salir á Everardo.*)  
 ¿Vos por ahí?  
*Everardo.* ¿Qué os inquieta?  
 esta es la puerta secreta  
 por donde entramos los dos.  
*Conde.* El chiste, padre, no admito:  
 ya es viejo, y pensad os ruego  
 que antes yo...  
*Everardo.* Si no lo niego,  
 pero ahora os lo repito.  
 Mas sin duda en oracion  
 aqui estabais, y á mi ver  
 entregado...  
*Conde.* A Lucifer.  
*Everardo.* ¿Es decir en conclusion  
 que ya el campo me cedéis?  
*Conde.* Por Cristo que delirais.  
*Everardo.* Pues si vencer esperais  
 ¿por qué tan fiero os poneis?  
*Conde.* ¿Fiero? nada; antes os juro  
 que estoy de esperanza lleno;



nunca estuve tan sereno  
ni de vencer tan seguro.  
Sí, porque aquí, escepto vos,  
cuanto á mi vista se ofrece  
tan solo risa merece...

*Everardo.* Sí, riámonos los dos.

*Conde.* ¿Sabeis que teneis talento?

*Everardo.* Por piedad, no me aduleis.

*Conde.* No, padre; si es que valeis  
para la embrolla un portento.  
Me habeis armado, por Dios,  
una buena... ¿no sabré...?

*Everardo.* Mirad que yo no os la armé.

*Conde.* ¿No habeis sido? — ¿Pues quién?

*Everardo.* Vos.

*Conde.* Ignoro ¿viven los cielos!  
en qué ofenderla he podido.

*Everardo.* Conde, ¿no habeis conocido  
que lo que tiene son... celos?

*Conde.* ¿Celos! decidme, y ¿de quién?

*Everardo.* Eso es lo que no entendí.

*Conde.* ¿Es vuestro secreto?

*Everardo.* Sí;  
buscadlo vos.

*Conde.* Está bien.

Yo siento que lo he de hallar,  
y que vos por vuestro daño  
fé tengais en un engaño  
que tan poco ha de durar.  
¿Tan difícil me ha de ser  
recuperar lo que acabo  
de perder? La reina al cabo  
antes que reina es muger.

*Everardo.* Siento que en una ilusion  
tambien vuestra fé pongais,  
y que tiempo no tengais  
para alcanzar el perdon.

*Conde.* No he podido comprenderos;  
¿quién de oponerse responde?

*Everardo.* Yo, si no os enojais, conde;  
tengo orden de prenderos.

*Conde.* ¡A mí!



*Everardo.*

Sí.

*Conde.*

¿Y la cumplireis?

*Everardo.*

En el cortesano oficio  
casi parecis novicio.

¿Que tal cosa preguntéis,  
y así os gano la batalla...?

Pero os tendré miramiento,  
será el encierro un convento...

*Conde.*

(; Y la conmoción no estalla!)

Muy sutil habeis andado.

*Everardo.*

Yo con la paz os brindé;  
quisisteis guerra, y á fé  
que no salís bien parado.

Lo siento; habeis sido un loco:

de todo os negásteis...; Ah!

¿Lo veis Peñaranda? Y ya  
que no admitisteis tampoco,  
empeñado en la partida,  
salir como embajador...

saldreis como un malhechor  
de vuestra patria querida.

*Conde.*

No confíais tanto en vos,  
que el juego aun no lo perdí;

si llego á salir de aquí...

saldré como quiera Dios.

Y atended á lo que os digo;  
que no he querido, ni quiero,  
pactar con un estrangero  
que es de mi patria enemigo.

Que el conde de Peñaranda  
jamás en él ha pensado,

y por el bien del Estado  
se empeñó en esta demanda.

Solo por don Juan luché...

*Everardo.*

Tambien á prenderle van.

*Conde.*

Es que no le prenderán...

*Everardo.*

¿Por qué?

*Conde.*

Porque le avisé.

*Everardo.*

Bien; de Consuegra saldrá,  
si con él antes se entienden;  
pero si allí no le prenden  
le prenderán mas allá.

:



- Conde.* Con tan crueles prisiones  
¿el pueblo ha de estarse quieto?
- Everardo.* Es que tengo yo un secreto  
para evitar esplosiones.
- Conde.* Pues dadlo á luz...
- Everardo.* Lo daré:  
no en vano ministro soy.
- Conde.* ¿Sabeis que hay mil grupos hoy...?
- Everardo.* Sí señor; todo lo sé.
- Conde.* Y ¿sabeis que la tormenta  
amenaza á vuestra vida...?
- Everardo.* Muy en breve, Fuensalida  
dará de ella buena cuenta.
- Conde.* Y ¿no la pudiera dar  
ella de él?
- Everardo.* ¿De él...? ¿Qué decís!
- Conde.* Que hay gran tempestad...  
(Óyese gritería con descargas á lo lejos, de modo que  
no impida oír el diálogo.)
- ¿La oís?
- Everardo.* ¿La oís de cerca bramar?
- Everardo.* ¡Vive Dios, que un breve espacio  
de ella me sépara ya!
- Conde.* Y muy pronto á tronar va  
dentro del mismo palacio.
- Everardo.* (Con resolución)  
Conde, salid al balcon  
y la libertad os doy.
- Conde.* ¡Ah...! no señor, yo me voy  
á encerrar en la prision.
- Everardo.* Mirad que os pudiera ser  
muy funesta esa porfia;  
que á una palabra mía...
- Conde.* (Dirigiéndose hácia la puerta secreta, que  
estará abierta.)  
Padre, atrás no he de volver.
- Everardo.* (Interponiéndose entre el conde y la  
puerta.)  
¡Miserable! ¿adónde vas?  
(Señalando al balcon.)  
Habla al pueblo con presteza...  
ó le arrojó tu cabeza...



Conde. *(Saca del cinto una pistola y la presenta á Everardo, el que sorprendido le cede el paso.)*

Señor extranjero... ¡atrás!

*(Vase, cerrando la puerta secreta.)*

#### ESCENA XIV.

EVERARDO. *Después* EL MARQUES. LA REINA. DAMAS.

*(Va creciendo el alboroto popular: distínguese el choque de las armas con los gritos de VIVA EL REY, MUERA NITHARD.)*

Everardo. ¡Infame...! me ha sorprendido...

La puerta cerró tras sí...

Me ahoga el coraje... ¡ay de mí...!

Marques. *(Que sale precipitado.)*

Padre, el pueblo enfurecido

pudo ganar la escalera,

y la guardia atropellando,

por vuestra muerte clamando

se derrama por do quiera.

Idos, que aun podreis salir...

salvaos, señor, pero presto...

Pueblo. *(Dentro.)*

¡Viva el rey...!

*(Sale la reina con sus damas.)*

Reina. ¡Padre! ¡qué es esto!

Everardo. *(Con tranquilidad.)*

Esto, señora, es morir.

Reina. ¡Dios mío! ¡qué confusión!

Marques. *(Señalando á Everardo la puerta secreta.)*

¡Por allí!

Everardo. No puede ser...

que entren, sí; los quiero ver...

Mas... ¡cielos! ¡qué inspiración!

Pueblo. *(Dentro.)*

¡Muera Nithard!

Marques. ¡Vedlos ahí!

Everardo. Dejadlos, marques, entrar;

moriré junto á el altar...

Vos, señora, estaos aquí.



*(Abre con impetu la puerta de la capilla, en cuyo fondo se verá un altar iluminado, del que Everardo toma la cruz y se presenta al pueblo, que invadirá con el mayor desorden la escena. Al ver la actitud de Everardo da muestra de consternacion, y á medida que éste le dirige la palabra y se adelanta, aquel se va retirando hasta dejar la escena completamente desocupada.)*

ESCENA XV.

LA REINA. EVERARDO. EL MARQUES. DAMAS. PUEBLO.

*Pueblo.* ¡Aquí...!

*Everardo.* *(Con voz solemne.)*

¡Adónde vais, ingratos!

¡A qué espíritu invocais!

¡Así la mansion hollais

de vuestra reina? ¡Insensatos!

¡Qué mal genio hoy os domina!

¡Pueblo! ¿adónde corres ciego?

¡Huye de aquí, ó teme el fuego  
de la cólera divina!

Ya escucho sonar tu hora...

¡Atrás! que estás condenado

y este recinto es sagrado...

*(Deteniéndose en la puerta, y mirando á la reina)*

Mirad cuál huyen, señora.

*Reina.* *(Arrojándose á los pies de Everardo.)*

Me habeis salvado...


*Everardo.* *(Presentándole la mano, que besa la reina, y mirando despues á la puerta por donde el pueblo ha salido, dice con reconcentrada satisfaccion.)*

Así es.


Sabed que tengo, villanos,  
á vuestro Dios en las manos,  
á vuestra reina á los pies.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.





## Acto tercero.



### ESCENA PRIMERA.

EVERARDO. EL MARQUES. DON GUILLÉN.

*Everardo.* Podeis, señor secretario,  
copiar este bando, y ved  
que es muy urgente : avisadme  
en acabando.

*Guillén.* Está bien.

*Everardo.* (Al marques.)  
¿Con que el príncipe don Juan  
rompe por todo?

*Marques.* Así es.  
Dicen que con mil caballos  
se acerca...

*Everardo.* No puede ser.

*Marques.* Eso mismo digo yo;  
porque mirándolo bien...  
y luego... ¿qué! ¿mil caballos?  
¿seguro! no puede ser.

*Everardo.* ¿Por qué?

*Marques.* ¿Por qué? ¡Va! señor,  
¿me preguntais el por qué?  
Mejor que vos, nadie puede  
saberlo...

*Everardo.* (Sonriéndose.) Es cierto, marques.  
Sé que el rebelde don Juan  
quiere usurparme el poder  
seduciendo á los incautos



y atropellando á la ley.  
Tambien sé quién desde aquí  
le ha dado consejos...

*Marques.* ¿Quién?

*Everardo.* El conde de Peñaranda.

*Marques.* Padre, no me le nombreis.

*Everardo.* Ese le ha comprometido:  
ese le vuelve á poner  
en mis manos, ya que un día  
de Consuegra se nos fué.

*Marques.* ¿Con que caerán los rebeldes...  
¡eh! padre?

*Everardo.* ¡No han de caer!

Mirad de qué se compone,  
señor de Aytona, su grey.  
Unos cuantos miserables  
sin haciendas y sin fé  
que de los pueblos al paso  
ha llegado á recoger.  
Los mil caballos son estos,  
este el ejército es  
con que pretende don Juan  
sobre la villa caer.  
¿No os parece que es la empresa  
famosa...?

*Marques.* Señor... no sé...

*Everardo.* ¿Qué! ¿dudáis del resultado?

*Marques.* Dudar... no; pero tal vez  
si cuentan con los de adentro...  
puede entonces... pero... ¿qué!  
no es facil... ¿qué han de contar!  
¿No es cierto, padre?

*Everardo.* Y ¿creéis

que aunque con ellos contarán  
les dejaria yo hacer?

Aun el pueblo es religioso;  
aun teme á Dios, que es el rey  
de los reyes de la tierra.

¿No le habeis visto, marques,  
entrar hasta aquí frenético,  
conducido por Luzbel...  
y á la voz del sacerdote



humilde retroceder?

*Marques.* ¡Ah...! sí señor, bien me acuerdo, terrible lance fué aquel.

*Everardo.* Pues ya veis que eso don Juan, como yo, no puede hacer.

*Marques.* Ciertísimo, padre mio: es decir que esperareis á don Juan...

*Everardo.* ¿Qué es esperar?

no señor; le buscaré.

Hoy saldrán los estandartes

y los gremios... y tambien

por si acaso se desmandan

la guardia interpolaré.

*Marques.* ¡Bien hecho! excelente idea!

Yo os la iba á proponer.

Y estará su magestad

sobresaltada...

*Everardo.* No á fé;

lo ignora todo..., hace dias

que soy absoluto rey

de España...

*Marques.* ¡Yo os felicito...!

que al fin estando el poder

en vuestra mano, muy pronto

adquirirá robustez.

*Everardo.* Os lo aseguro.

*Marques.* A pediros

voy, señor, una merced.

*Everardo.* ¿Vos? Decid.

*Marques.* Su magestad,

ignorando yo el por qué,

tiene en el cuarto há seis dias

arrestada á mi muger.

Quisiera aplacar su enojo,

y si vos intercedeis,

pronto á la gracia real

podeis hacerla volver.

*Everardo.* ¿No os ofendió la marquesa?

*Marques.* Pero, señor, atended;

¿con haberme á mí ofendido

pudo á la reina ofender?



- Everardo.* La reina es muy delicada...
- Marques.* ¡Ooo!! sí señor; ya lo sé.
- Everardo.* Y no puede tolerar  
que en palacio, donde es  
ella modelo de todos,  
falte nadie á su deber.  
En fin, Leonor es su dama,  
y su magestad tal vez  
habrá tomado á su cargo  
vengar vuestro honor, marques.
- Marques.* ¿Y si acaso está inocente  
y la culpamos...
- Everardo.* ¿Creeis  
que lo esté doña Leonor?
- Marques.* Eso yo no juraré;  
pero no puedo en conciencia...
- Everardo.* ¿Olvidais aquel papel...?
- Marques.* ¿Aquel billete que os di  
para comprobar...? Y bien,  
¿era la letra del conde?
- Everardo.* Siento deciros que es de él.
- Marques.* ¡Infame...! con que era suyo...  
¿Dónde encontrarle podré  
para vengar esta afrenta...
- Everardo.* Con los rebeldes tal vez;  
pero calmad vuestras iras,  
pues nada prueba el papel.
- T** Una cita misteriosa  
que vos presenciasteis... bien,  
esa no es una razon  
para culpar... si quereis  
con cierta sagacidad  
á la marquesa hablaré;  
veremos si algo descubre,  
y si no, señor marques,  
entonces de su inocencia  
yo mismo os responderé.  
¿No os parece...
- Marques.* Digo, padre,  
que me hacéis una merced  
tan grande y tan no esperada  
que jamas olvidaré.



*Everardo.* Descuidad...

*Guillen.* Ya está, señor.

*Everardo.* ¿Acabásteis?

(*Mirando el papel.*)

Esto es.

A la marquesa de Aytona  
id á decirle, Guillen,  
que de orden superior  
venga á este cuarto.

*Guillen.* Lo haré. (*Vase.*)

*Everardo.* Al obispo de Plasencia,  
presidente, le direis  
que firme al punto este bando,  
que lo publique, y despues  
si contraviniere alguno  
no haya clemencia con él.

*Marques.* Cumpliré vuestro deseo.

*Everardo.* Id pronto, y aquí volved.

## ESCENA II.

EVERARDO.

Ya que se quejan del yugo  
y me apellidan tirano...  
con las leyes en la mano  
daré que hacer al verdugo.  
Y aunque puedo en esta empresa  
decir que llegue á triunfar,  
conviene no separar  
la vista de la marquesa.  
Porque este mentido amor  
de la reina me responde,  
y así me libro del conde...  
Pero aquí viene Leonor.

## ESCENA III.

EVERARDO. LEONOR. DON GUILLEN, *que sale acompañándola, y á una seña de Everardo se retira por la derecha.*

*Everardo.* Mil veces seais bien venida.



*Leonor.* Y vos, señor, bien llegado.  
¿Sois vos el que me ha llamado?

*Everardo.* ¿Lo sentís?

*Leonor.* No, por mi vida.

*Everardo.* No os agrada á lo que creo...

*Leonor.* No sé por qué lo digais;  
salir aquí me mandais,  
y cumplo vuestro deseo.

*Everardo.* Esto, marquesa, os lo indico  
por si acaso hasta ese punto...

*Leonor.* Vamos, señor, al asunto.

*Everardo.* ¿Lo mandais?

*Leonor.* Os lo suplico.

*Everardo.* ¿Qué tal os va en el arresto?

*Leonor.* Perfectamente, señor.

*Everardo.* ¿De veras? Mirad, Leonor,  
que no lo afirma ese gesto.

*Leonor.* Padre Nithard, á fé mia  
que al responderos creí  
que la pregunta era á mí,  
y no á la fisonomía.

*Everardo.* Llevad con paciencia vos  
que consulte en este asunto  
gesto y voz, porque os pregunto  
y hallo respuesta en los dos.

*Leonor.* Yo, padre, os aliviare  
de ese trabajo indigesto;  
desde ahora la voz y el gesto  
que vayan juntos haré.

*Everardo.* Sereis muy capaz, marquesa,  
de hacer lo que me decís;  
pero ¿y si no lo cumplís...?

*Leonor.* Y ¿qué consulta era esa?

*Everardo.* ¿Cuál?

*Leonor.* ¿Cuál ha de ser...; ¡ay Dios!  
me habeis mandado á llamar...

*Everardo.* ¿Sereis franca?

*Leonor.* A no dudar...

si lo sois conmigo vos.

*Everardo.* Puesto que el velo se ha roto,  
¿no me direis dónde anda  
el conde de Peñaranda?



- desde el último alboroto?
- Leonor.* ¿Es de la reina el valido  
quien habla, ó el confesor?
- Everardo.* El que vos querais, Leonor;  
concededme lo que os pido,  
y el título está demas.
- Leonor.* Pues á uno y otro diré  
que del conde nada sé...  
ni lo he sabido jamas.
- Everardo.* (Después de haberla observado un momento.)  
¡Ya...!
- Leonor.* Creo que lo decís  
con desconfianza ahora.
- Everardo.* Es porque veo, señora,  
que lo que ofreceis cumplís.
- Leonor.* Yo no sé cómo ó por dónde  
me han podido calumniar...  
Acaso ¿debo yo estar  
en los secretos del conde?  
Su sombra tal vez ¿soy yo?  
Siempre que hasta mí ha llegado,  
como á todos le he tratado,  
política y se acabó.
- Everardo.* ¡Oh...! sí; y vos sois incapaz  
de cometer tal locura...  
Eso será una impostura  
de alguna lengua mordaz.  
Mal la malicia os trató;  
ya se ve, aquí está su loco...  
de eso mismo hace muy poco  
hablamos Aytona y yo.
- Leonor.* Y ¿qué opina mi marido?
- Everardo.* El marques no opina nada;  
siente al veros calumniada  
que en desgracia hayais caído.
- Leonor.* Opinion de sabio es.
- Everardo.* En cuanto á sabio... quisiera,  
doña Leonor, que tuviera  
vuestro talento el marques.
- Leonor.* Esa es lisonja, señor,  
que no admite mi humildad...
- Everardo.* Pues es la sola verdad



que aquí se ha dicho, Leonor.

¿Con que ocultar la morada del conde es vuestra porfía?

*Leonor.* Os dije cuanto sabia.

*Everardo.* Ved que no habeis dicho nada.

*Leonor.* Y eso ¿no os convence?

*Everardo.* Sí,

de que todo lo ignorais, y de que inocente estais...

*(Cohimien)* de todo me convencí.

Pero, marquesa, mirad, advertid por vuestra vida que no está tan convencida como yo, su magestad.

*Leonor.* Tiempo vendrá en que yo pueda convencerla como á vos.

*Everardo.* No espero, mediante Dios, que aquí tal cosa suceda.

*Leonor.* Me infundís tales recelos... ¿qué es lo que decir quereis?

*Everardo.* Doña Leonor, ¿que ignoreis lo que ofenden unos celos!

*Leonor.* ¿Celos de mí...! y ¿qué razon...

*Everardo.* Ninguna; pues ahí está... mas... nunca os perdonará...

*Leonor.* ¿Nunca obtendré su perdon...!

*Everardo.* ¡Jamás...! qué quereis, manías, y tales, que ya ha dispuesto hacer mas duro el arresto que estais sufriendo hace dias.

*Leonor.* ¡Cielos! ¿me irá á condenar y creerá que soy culpable...!

*Everardo.* Sí señora; es indudable... pero... yo os puedo salvar.

*Leonor.* *(Con desconfianza.)* ¿Vos...?

*Everardo.* Sí, y evitar su saña dejándoos de aquí salir.

*Leonor.* ¿Condiciones...?

*Everardo.* La de ir

á habitar fuera de España.

*Leonor.* Pero eso es mucho peor...



*Everardo.* Escoged á vuestro antojo:  
ó de la reina el enojo,  
ó salir de aquí, Leonor.

*Leonor.* Advertid que es un gran paso  
y conviene consultar...

*Everardo.* Muy bien; podeis meditar  
si mi oferta os hace al caso.  
Tal vez nos entenderemos...  
déjoos pensar una hora,  
y en trascurriendo, señora,  
con mas despacio hablaremos.

#### ESCENA IV.

*LEONOR. Despues EL CONDE.*

*Leonor.* En gran confusion me ha puesto...  
y ¿de aquí me he de fugar...?  
¿qué fruto puede sacar  
de hacerme salir...? ¿qué es esto?

*(Sale el conde, embozado, por la puerta secreta. Reconoce la escena con cuidado, y se acerca á Leonor sin que esta lo advierta.)*

Me quedo... pero advertió  
que he de sufrir si esto escojo  
de la reina el crudo enojo...  
¿admito su oferta...?

*Conde.* No.

*Leonor.* ¿Cómo! ¿Vos! ¿Y entráis así?  
¿Que os perdeis si os hallan hoy...!

*Conde.* No señora: no me voy,  
porque os hago falta aquí.

*Leonor.* ¡Idos! y vuestras riquezas  
si podeis con vos salvad;  
no irriteis la tempestad  
que amaga á nuestras cabezas.

*Conde.* Y ¿sois vos la que blasona  
de libre, y teneis tal miedo?  
Conocer apenas puedo  
á la marquesa de Aytona.  
Si yo me aparto de vos



*Leonor.*  
*Conde.*

de España os harán salir...  
y... ¿debo yo consentir  
en la ruina de los dos?  
Luego sabeis...

Sí, señora:  
sé que Everardo os engaña,  
y que si os fugais de España  
nuestra suerte se empeora.  
Sé que Everardo, Leonor,  
nos quiere á los dos perder;  
que á la reina hizo creer  
que es nuestra amistad, amor.  
Ya veis, la fuga sería  
demostrar que era verdad...  
y entonces á su magestad  
jamás convencer podría.  
No, Leonor; esto ha de ser;  
en la fortuna esperemos:  
buena ó mala... aquí debemos  
ó triunfar ó perecer.  
Pero...

*Leonor.*

#### ESCENA V.

LEONOR. EL CONDE. EL MARQUES.

*Marques.*

¡Qué llevo á mirar!  
¡Aquí el conde!

*Leonor.*

¡Mi marido!

*Conde.*

(Notable desdicha ha sido.)

*Marques.*

¡Al fin os pude encontrar...!  
Al fin...

*Conde.*

¡Silencio!

*Marques.*

Pues, ¿qué!

¿quereis que silencio guarde  
como si fuera un cobarde  
sin pundonor y sin fé?

*Leonor.*

¡Por Dios, callad!

*Marques.*

¡Hay tal mengua!

*Conde.*

He de gritar, ¿lo entendéis?  
Pues puede ser que encontréis  
quien os arranque la lengua.

*Marques.*

Así os quiero contestar.



- Conde.* ¡Venid á reñir !  
*Conde.* No quiero.  
*Marques.* ¡Que ! ¿ no reñís , caballero ?  
*Conde.* No , porque os puedo matar...  
 y yo nunca os ofendí ,  
 ni me ofendisteis tampoco.  
*Marques.* Paréceme que estais loco...  
 ¡ Ea...! salgamos de aqui.  
*Conde.* ¡ Ea ! marques , ya os lo he dicho.  
 ¿ Quereis que escandalicemos ?  
 ¿ Pretendeis que nos matemos  
 por vuestro necio capricho ?  
*Marques.* ¡ Capricho llamais... por Dios...!  
*Conde.* Capricho , señor marques ;  
 y mirad que de los tres  
 aqui el culpable sois vos.  
*Marques.* ¡ Yo el culpable !  
*Conde.* Y no otra cosa.  
 ¿ No veis que estais obcecado ?  
 ¿ que vos mismo habeis manchado  
 el honor de vuestra esposa ,  
 y que haceis ¡ viven los cielos !  
 cual palaciego novel  
 muy desairado papel  
 con tan ridículos celos ?  
 ¿ Qué prueba habeis encontrado ?  
 ¿ qué indicio podeis marcar  
 para llegar á ultrajar  
 á quien nunca os ha faltado ?  
*Marques.* Peñaranda , ved que..  
*Conde.* ¡ Nada !  
 Lo que os digo es lo seguro.  
 Está inocente , os lo juro  
 sobre la cruz de mi espada.  
*Marques.* ¿ No he de creer á mi vista ?  
 La cita ¿ no es cosa clara...  
*Conde.* Eso pronto os lo explicara  
 si no fuerais Evertista.  
*Marques.* ¡ Qué ! Señor conde , Leonor  
 conspira...  
*Conde.* Sí.  
*Marques.* ¡ Santos cielos !



*Leonor.*

¿Teneis todavía celos?

*Marques.*

¿Pero eso es mucho peor

¿Yo aqui entre conspiradores!

¿Yo metido en este enredo...!

¿Ah, señores...! yo no puedo  
ocultar que sois traidores...*Conde.*

¿Bien, fanático, salid!

nuestras cabezas caerán...

pero ved que está don Juan  
á la vista de Madrid.

Que entrará á marchas forzadas...

y aqui entre tanto enemigo

no quedará sin castigo

el que asesinó á Malladas.

*Marques.*

¿Ah!!! yo... sí...

*Conde.*

Sabe que vos

sufrió de Everardo el yugo,

y el oficio de verdugo

ejerceis entre los dos.

*Marques.*

¿Calumnia! ¿yo tal baja!

¿á mi verdugo...! eso es...

*Conde.*

Pero calumnia, marques,

que os va á costar la cabeza.

*Marques.*

¿Cómo...!

*Conde.*¿Quereis de ese mal  
libraros?*Marques.*

¿Ah...! sí señor.

*Conde.*¿Quereis que doña Leonor  
vuelva á la gracia real?*Marques.*

Tambien, tambien...

*Conde.*

Si es así...

*Marques.*

Decid lo que debo hacer.

*Conde.*

Solo oir, callar, y ver.

*(Mirando á la izquierda.)*

¿Ah...! la reina viene aquí.

Pronto, en la capilla entrad.

*Leonor.*

¿Y si penetra y nos ve...?

*Conde.*

No entrará, la detendré.

*Marq. y Leo.* ¿Vos!—*Conde.*Yo, sí; vamos, andad. *(Entran.)**(Corre el conde á ocultarse detras de la puerta por donde sale la reina. Sale esta y aparecen algunas da-*



*mas en el dintel de aquella, las que á una seña del conde se retiran, y éste cierra la puerta sin que lo note la reina.)*

Fortuna, si de este modo  
no logro parar tu rueda,  
nada que intentar me queda,  
y es fuerza arriesgarlo todo.

## ESCENA VI.

LA REINA. EL CONDE.

*Reina.* Tampoco está Everardo: hoy mi deseo  
en nada se cumplió... quiero despacio...  
¿Y mis damas... dó estan...? ¡cielos! ¡qué veo!!  
¿El conde...! ¿Qué buskais en mi palacio?  
¿Venís á asesinar me! ¿Hais ofrecido  
mi cabeza á don Juan...? ¡alma villana...!

*Conde.* A arrojarme no mas hoy he venido  
á los pies de mi reina y soberana.

*Reina.* Apártate, traidor: ya sé quién eres.  
Palaciego infernal... sé tu falsía:  
sal de aqui pronto si la vida quieres,  
ó vas á perecer á una voz mia.

*Conde.* Pronunciadla, señora; libre estais:  
aguardo á los satélites sereno...  
¿Mirais este puñal...? pues si la dais  
á vuestros ojos lo hundiré en mi seno.

*Reina.* Acabemos: decid vuestra demanda  
sin abusar de la paciencia mia.

*Conde.* Descuidad, que no viene hoy Peñaranda  
como en un triunfo á vuestros pies solia.  
Hoy es un español, lleno de encono:  
un hombre á quien le sobra la entereza,  
que viene á alzar su voz delante el trono  
aunque arriesgue ante el trono su cabeza,  
Escuchadme por Dios, doña Mariana:  
oidme si quieres esta vez sola...  
y ved que si nacisteis alemana  
aqui teneis que ser reina española.

*Reina.* ¿Qué me quereis decir?

*Conde,*

Que preguntéis



lo que os quiero decir, me maravilla.

¡Señora! ¿os ocultaron que teneis

al príncipe á las puertas de la villa?

¡Santo Dios! ¿Es verdad...?

*Reina.*

*Conde.*

*Reina.*

Nada hay mas cierto.

¡Don Juan viene á Madrid...! Audaz se atreve

á llegar hasta mí... ¿y nadie le ha muerto...?

¡Nadie ha vengado su traicion aleve...?

*Conde.*

*Reina.*

¿Quién á tanto ha de osar?

¡Pues qué! en mi corte

¿no habrá quien se prepare á la contienda

y el plan horrible de don Juan aborte?

¿no habrá quien de ese monstruo me defienda?

*Conde.*

¡Quién os ha de ofender! Por vos, señora,

y el monarca español, miles de aceros

blandirá nuestra diestra vencedora...

mas no por vuestros viles consejeros.

Os aislaron aqui: fuera de España

nuestro ejército está roto, deshecho;

y en tanto que en Madrid hierve la saña,

el Austria allá lo explota en su provecho.

Mas... tan alto edificio hoy se arruina;

mirad cuál es la fuerza que aprontaron:

una tropa soez, sin disciplina,

los gremios que este sitio profanaron...

ejército sin fé, torpe, medroso

que el estallido del cañon desvanda...

*Reina.*

Parece que ese cuadro pavoroso

os complace, os deleita, Peñaranda.

Por ventura ¿sabeis quién lo corrija?

¿ó entrásteis nada mas que á imponer leyes?

¿á tanto os atreveis? ¡Declarad...!

*Conde.*

Hija

de emperadores sois, madre de reyes.

Os conozco muy bien: como hombre honrado

ciego idolatro á la real persona,

y nunca Peñaranda ha rebajado

la augusta dignidad de la corona.

Pero en nombre del reino todo entero

os pido hoy la salud... harto importante:

desterrad á Everardo lo primero,

y á Consuegra don Juan vuelve al instante.



*Reina.* ¿ Del príncipe sois vos quien me responde?  
vos que servís á la traicion de espejo...

*Conde.* ¿no es esto darme leyes, señor conde?  
Esto es daros, señora, un buen consejo.

*Reina.* Lo agradezco; partid, y por respuesta  
decidle á ese bastardo que le espero;  
que puede serle su ambicion funesta...

*Conde.* muy funesta... ¿entendeis? id, caballero.  
Estais en un error: os engañaron:  
el príncipe don Juan nada ambiciona;  
y aunque tanto sus hechos infamaron  
respeto como yo vuestra corona.  
Es un valiente, sí; vástago hermoso  
de los invictos héroes españoles...  
de aquellos que en un tiempo mas dichoso  
de lealtad y de honor fueron crisoles.  
Los pueblos, á su espada vencedora  
piden favor; y por templar su saña  
aqui viene... no mas; y ved, señora,  
que detras de don Juan viene la España.

*Reina.* (¡Infeliz Everardo!)

*Conde.* Y bien, ¿quereis  
una guerra civil, que no es precisa...?  
¡Ah, señora! mirad qué es lo que haceis...  
mirad que si don Juan las calles pisa...  
al fin es hombre... al fin puede, arrastrado  
por la ciega ambicion y justo encono,  
embriagarse en el triunfo y denodado  
buscar la senda que conduce al trono.  
¿Quereis por todo atropellar? pues sea:  
la guerra será atroz, asoladora...  
¿quereis dar la señal de la pelea...?  
Dejadme aqui pensar...

*Reina.*

*Conde.*

Bueno, señora.

(*Presentándole unos papeles.*)

Estas pruebas podeis tomar por guia;  
en ellas solo cifro hoy mi esperanza:  
por ellas puede ser que vos un dia  
me volvais otra vez la confianza.

*Reina.*

*Conde.*

¿A vos, conde? ¡jamás!

¡Oh! ¡cuánto hicieron  
los pérfidos que aqui me calumniaron!



Con sordida intencion se propusieron  
malquistarme con vos... y lo alcanzaron.

*Reina.* Señor conde, salid... que delirais,  
y sed mas reverente á mi persona.  
Si es calumnia tambien, ¿por qué no vais  
á recabarla del marques de Aytona?

*Conde.* (*Bajo.*) ¿Y si el marques á vuestros pies viniera  
y el error confesara de sus celos...  
la reina Mariana qué dijera?

*Reina.* ¡Imposible...!

*Conde.* (*Alto.*) ¡Marques!

(*Abrense las puertas de la capilla, y sale el marques  
conduciendo de la mano á doña Leonor.*)

*Reina.* ¿Qué miro, cielos?

### ESCENA VII.

LA REINA. LEONOR. EL CONDE. EL MARQUES.

*Marques.* Señora... un error funesto..

*Leonor.* Nunca ¡oh reina! te ofendí.

*Reina.* Leonor... acércate á mí..  
¡dame los brazos...!

### ESCENA VIII.

LA REINA. LEONOR. EL CONDE. EVERARDO. EL MARQUES.

*Everardo.* ¿Qué es esto!

*Conde.* Esto es que se ha convencido  
su magestad, gran señor,  
de que al fin... doña Leonor...  
es digna de su marido.

*Everardo.* ¿Con que digna...? está muy bien:  
la nueva me satisface...  
por tan feliz desenlace  
reciba mi parabien.

*Conde.* (*Aparte á la reina.*)  
Resolved pronto, señora,  
y mirad que es corto el plazo..



*Reina.* (A Leonor y el marques.)  
Venid... Leonor, dame el brazo.  
*Marques.* ¡Qué reina tan seductora!

## ESCENA IX.

EL CONDE. EVERARDO.

*Everardo.* (Sale de aquí sin mirar...)  
*Conde.* ¡Ay padre! ¿sabeis que ha sido  
en vos notable descuido  
no haberme mandado ahorcar.  
*Everardo.* Aun no es tarde pienso yo.  
*Conde.* ¿No es tarde? ¿que eso digais?  
Vamos; sin duda llevais  
muy atrasado el reló.  
*Everardo.* Que el vuestro adelanta infiero.  
*Conde.* Padre... suceder bien puede,  
porque lo adelanto adrede  
para llegar el primero.  
*Everardo.* Pues hoy os habeis dormido:  
há tres horas vine á aquí.  
*Conde.* Pues yo cuatro.  
*Everardo.* ¿Cuatro?  
*Conde.* Sí.  
*Everardo.* ¿Do estuvisteis?  
*Conde.* Escondido.  
*Everardo.* ¡Ya!  
*Conde.* ¡Pues!  
*Everardo.* ¿Dónde?  
*Conde.* No hace al caso...  
*Everardo.* ¿No os fiais...?  
*Conde.* Sí, me fio...  
Básteos saber, padre mio,  
que caminais al ocaso.  
*Everardo.* ¿Y si despues os demuestro  
que el sol vuelve á brillar puro  
en su oriente...?  
*Conde.* Os aseguro  
que ese sol no será el vuestro.  
*Everardo.* Vos ignorais, en verdad,



*Conde.*

cuántas fuerzas he aprestado...  
Vos no habeis visto al legado  
que manda su santidad.

*Everardo.*

No... pero sé á lo que viene:  
sé que la corte de Roma  
en mi daño cartas toma  
porque ya envidia me tiene.  
Mas la reina no ha de ver  
los breves... ¡oh! yo os lo fio.

*Conde.*

¿Y si por conducto mio  
los tuviera en su poder?

*Everardo.*

Entonce en vuestra balanza  
más peso se añadiría...  
pero nunca perdería  
de venceros la esperanza.

*Conde.*

¡Buena esperanza, por Dios!  
En el palaciego oficio  
casi pareceis novicio...

*Everardo.*

Mas astuto soy que vos.

*Conde.*

Pero un poco descuidado...  
Con su magestad contabais...  
ya lo veis, no lo esperabais,  
al fin deshice el nublado.  
Santo padre... ¡por la luz!

¿tal vez pudisteis creer  
que hareis á don Juan correr  
presentándole una cruz?

Mirad, como amigo os hablo:  
no lo llegueis ni á intentar...  
pues sabe él que suele estar  
detrás de la cruz el diablo.

*Everardo.*

Juzgar de nada podemos...  
ni á nosotros corresponde...  
ya veremos, señor conde.

*Conde.*

Señor ministro, veremos.

## ESCENA X.

EL CONDE. EVERARDO. UN UGIER.

*Ugier.*

Su magestad manda entrar...



Everardo. (*Dirigiéndose á la cámara de la reina y mirando con desprecio al conde.*)

¡Ja! ¡ja! ¡ja!

Ugier.

Al conde.

Everardo.

(*Aterrado.*)

Creí...

Conde.

Creisteis mal, era á mí:

idos, que os van á arrastrar

## ESCENA XI.

EVERARDO.

¡Tanto ultraje, santos cielos!

¡Podrá este conde villano  
arrancarme de la mano

el fruto de mis desvelos?

¡Oh...! sí podrá; lo presumo...

¡A Dios honores, privanza...!

mi vista ya no os alcanza...

despareceis... ¡como el humo!

¡Deteneos...! no caigais,

alcázares que algún día

levantó mi fantasía...

¡Oh! ¡cómo os desmoronáis!

Mas... qué delirio... ¡no, no!

¡por todo voy á arrostrar!

quiero morir ó triunfar;

que aun el rey soy aquí yo.

(*Pónese á escribir un papel con la mayor precipitación.*)

¡Don Guillen...!

## ESCENA XII.

EVERARDO. DON GUILLEN.

Guillen.

¿Señor?

Everardo.

Tomad...

Al punto, por vuestra vida,  
al conde de Fuensalda



este papel entregad.

Y al entregarle el papel  
decidle, Guillen amigo,  
que ataque al campo enemigo  
y que á nadie dé cuartel.

Idos ya, ved que tardais...

¡A sangre y fuego...! ¿lo oís...?

Si del lance bien salís

os daré mas que querais.

(*Vase don Guillen.*)

Traidor conde, de los dos  
uno ha de rodar por tierra:  
ya está encendida la guerra...  
ayude á quien quiera Dios.

Dale consejos... bien, sí...

mientras aqui me prevengo:

¡necio...! ignoras que yo tengo  
la vista clavada en tí.

Será inútil pretension

querer á la reina hablar...

pero... yo me haré anunciar  
con el trueno del cañon.

Mas... ¡cielos! ¿no es ella? sí...

de turbacion da señales...

¿vendrá á anunciarme otros males...?

¡Tal vez su gracia perdí...!

### ESCENA XIII.

LA REINA. EVERARDO.

*Everardo.* ¿Qué es lo que debo esperar  
de ese pálido semblante?  
¿Salió la traicion triunfante?  
¿Os dejásteis engañar...?

¿Me venís á reclamar  
el poder...? Ya me da enojos:  
tomadlo... que solo abrojos  
en él hallé; ni un suspiro  
me ha de costar... mas ¿qué miro!  
¿vierten llanto vuestros ojos?



*Reina.*

¡Reina! ¿á qué es esa ternura?  
Yo no merezco, señora,  
que me despidais ahora  
con tan suprema ventura.  
Ya desciendo de mi altura...

¡Oh! yo no os quisiera ver  
de esa altura descender...

¡los cielos me son testigos...!  
pero teneis enemigos  
que no podemos vencer.

Roma con esta ocasion  
vuestro destierro me aplaza,  
y si no cedo... ¡amenaza  
lanzarme la excomunion!

Comprendo la sinrazon  
que os arrebató el poder,  
mas lo llegó á disponer

la santidad de *Inocencio*,  
y es fuerza guardar silencio,  
¡silencio... y obedecer!

*Everardo.*

Señora... que os guarde el cielo:  
lo quiso la suerte mia...

¡Oh! ¡plegue á Dios que algun día  
no echéis de menos mi celo!

De los Alpes entre el hielo  
voy á ocultar mi mancilla...

¡A Dios...! reina de Castilla;  
aunque la opinion me infame...  
siempre tendreis quien os llame  
del Rhin en la opuesta orilla.

*Reina.*

¡Oh! jamas olvidaré  
que en igual suelo nacimos...

la primera luz que vimos  
bajo un mismo cielo fué.

Mas yo, padre, endulzaré  
vuestra soledad allí,

tendreis lo mismo que aqui...  
¡cuanto podais anhelar...!

y nunca os podré pagar  
la aficion que os merecí.

*Everardo.*

Con honores... no, jamas;  
ni con riquezas podreis...





pero... el llanto que verteís,  
decidme, ¿no vale mas?  
¡Oh...! sufro aquí por demas...  
moderad vuestra clemencia  
y hasta... evitad mi presencia,  
porque podeis conocer...

# ESCENA XIV.

LA REINA. EVERARDO. EL CONDE.

*Conde.*

*(Interponiéndose entre los dos.)*

Es verdad, cómo ha de ser;  
no hay mas que tener paciencia.

*Everardo.*

Señor conde, haber llegado  
os agradezco infinito.

*Conde.*

Tan alto poneis el grito...  
que me llené de cuidado.

*Everardo.*

Bien se conoce el afán  
con que por mí os desvelais...

*(Bajo.)*

pero os advierto que vais  
pisando sobre un volcan.

*Conde.*

Me alegro...

*(Suenan cañonazos á lo lejos, que no cesan hasta la conclusion del acto.)*

*Everardo.* *(Con vehementísima alegría.)*

¡Ah...!!!

*Conde.*

¡Cielos!

*Reina.*

¡Qué es esto!

*Everardo.*

Esos son nuestros cañones  
que arrollan los escuadrones  
de ese príncipe funesto.

*Conde.*

¡Hum...! ¡Vive Dios...!

*(Vase precipitadamente por la derecha.)*

# ESCENA XV.

LA REINA. EVERARDO.

*Reina.*

¡Qué habeis hecho!



*Everardo.* Sofocar la rebelion ;  
hacer frente á la traicion  
y vencer á su despecho.

*Reina.* (*Dejándose caer en un sillón.*)  
Ya no es tiempo, padre, no.

*Everardo.* Probémoslo... y ved, señora,  
que nada perdeis ahora ;  
quien gana ó pierde soy yo.  
¿ Valor os ha de faltar ?  
Tened como yo osadía.  
¿ Pensásteis que os dejaría  
la regencia arrebatár ?  
La primera os quiero ver  
en los destinos supremos...  
¡ y os veré ! porque aun podemos  
de los rebeldes vencer.

*Reina.* ¿ Y Roma !

*Everardo.* Dejadme á mí :  
que á ajustar excomuniones  
le mandaré los leones  
que nos sobran por aquí.  
Ya nos hemos arrojado,  
y si alcanzamos la palma...

### ESCENA ÚLTIMA.

LA REINA. EL CONDE. EVERARDO.

*Everardo.* ¡ Ah... ! ¿ qué me dice esa calma !

*Conde.* Me pusisteis en cuidado.

*Reina.* ¿ Cómo !

*Conde.* Que vienen y van,

y todo es algaravía,

y salvas de artillería

que festejan á don Juan.

(*Óyese á lo lejos repique de campanas.*)

*Reina.* ¡ Entró en Madrid !

*Conde.* No, señora.

Jamas en ello pensó ;

hasta las puertas llegó

y francas las deja ahora.

*Everardo.* (*Murió la esperanza mía.*)



Conde.

Ya presenté el manifiesto,  
y al saber que estais depuesto  
todo es fiesta y alegría.

Mas no tanta, que si os ven  
se alegren tambien con vos:  
al punto salid, por Dios,  
porque no estais aqui bien.

Vos sentireis demasiado  
que el conde en este momento...

Everardo.

Señor conde, lo que siento  
es no haberos visto ahorcado.

(Óyense voces tumultuosas á lo lejos.)

Conde.

¿Eh? ¿qué tal?

Reina.

¡Ah! ¡no respiro...!

Conde.

Nada temais por su vida:

le darán facil salida

los jardines del Retiro.

Un carruage aderezado

en ellos encontrareis,

del que vos usar podeis,

y por nada os dé cuidado.

No es á vos este desaire,

es al Austria: idla á contar

que aqui logró edificar...

Everardo.

¿Qué?

Conde.

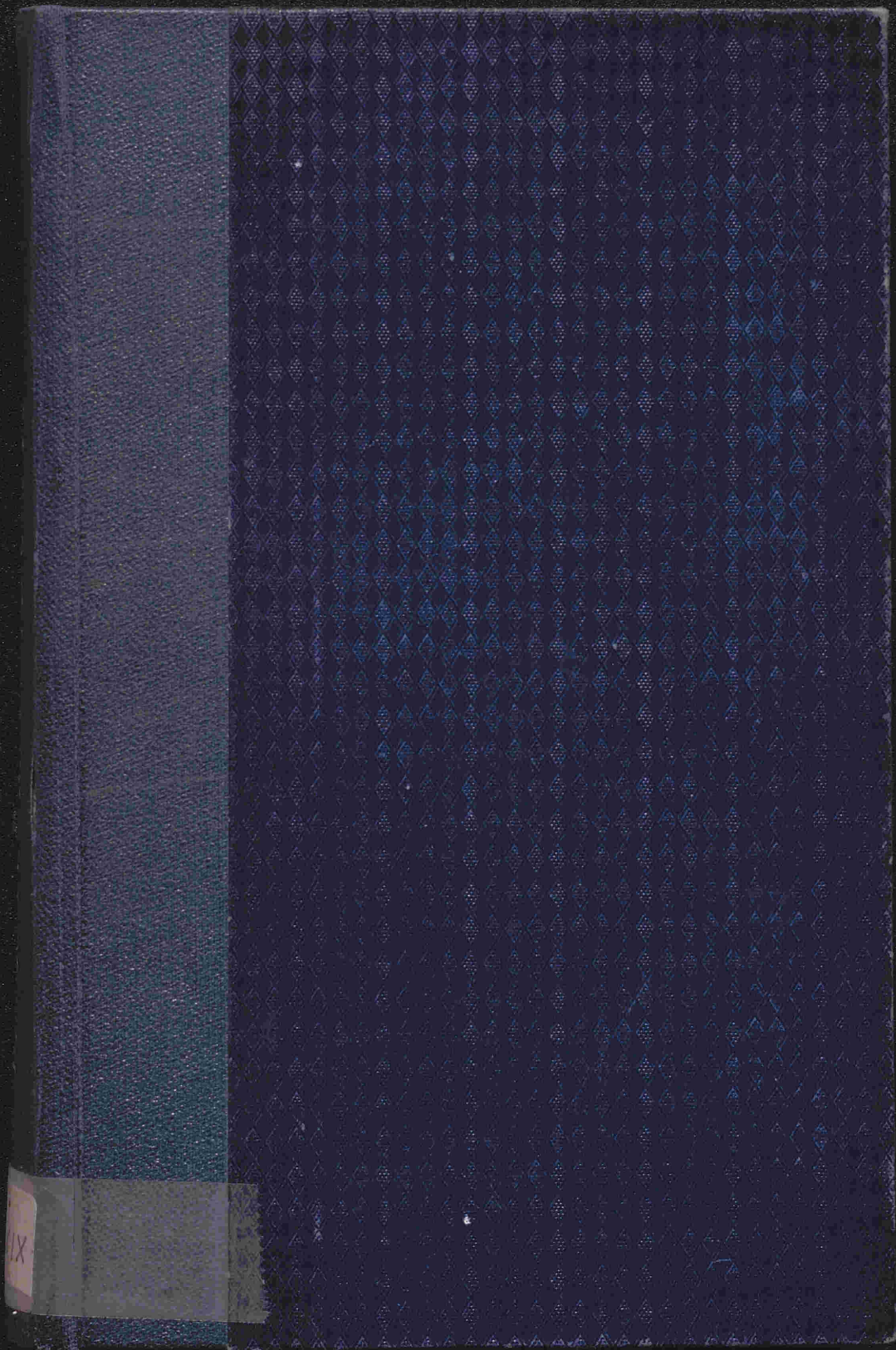
Castillos en el aire.

(Óyese un poco mas cercana la gritoria mezclada con  
los cañonazos y repique de campanas, y cae el telon.)

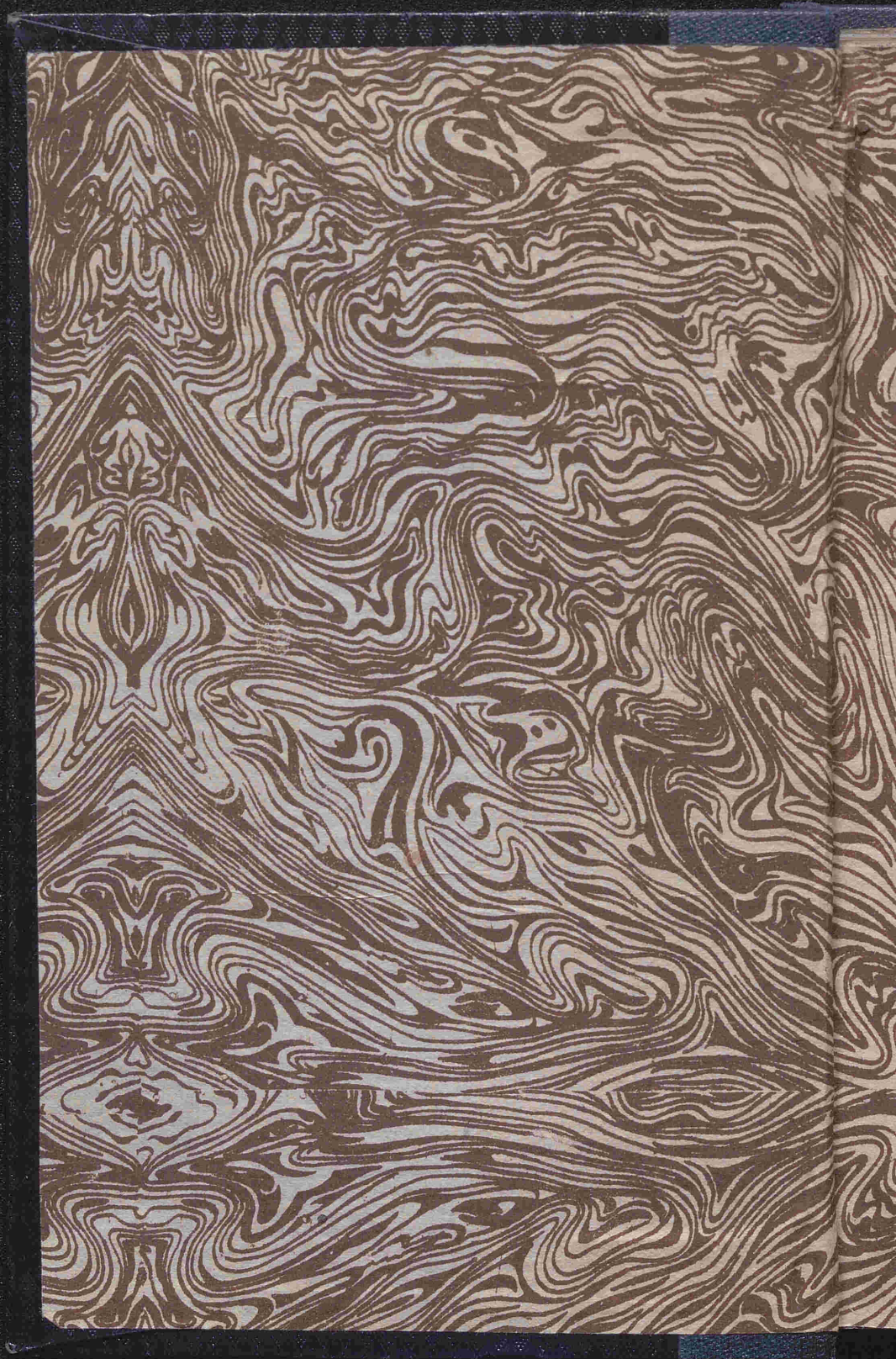
FIN DE LA COMEDIA.

*Barzuna 10 de Enero de 1859*  
*Puede representarse*  
*Barzuna*



















UN VOLUME IN DUE PARTI

# LA FANTASIA ROMANICA

ROMANICA ROMANICA

DI ROMANICO ROMANICO

IN DUE VOLUMI IN DUE PARTI



ROMANICO ROMANICO









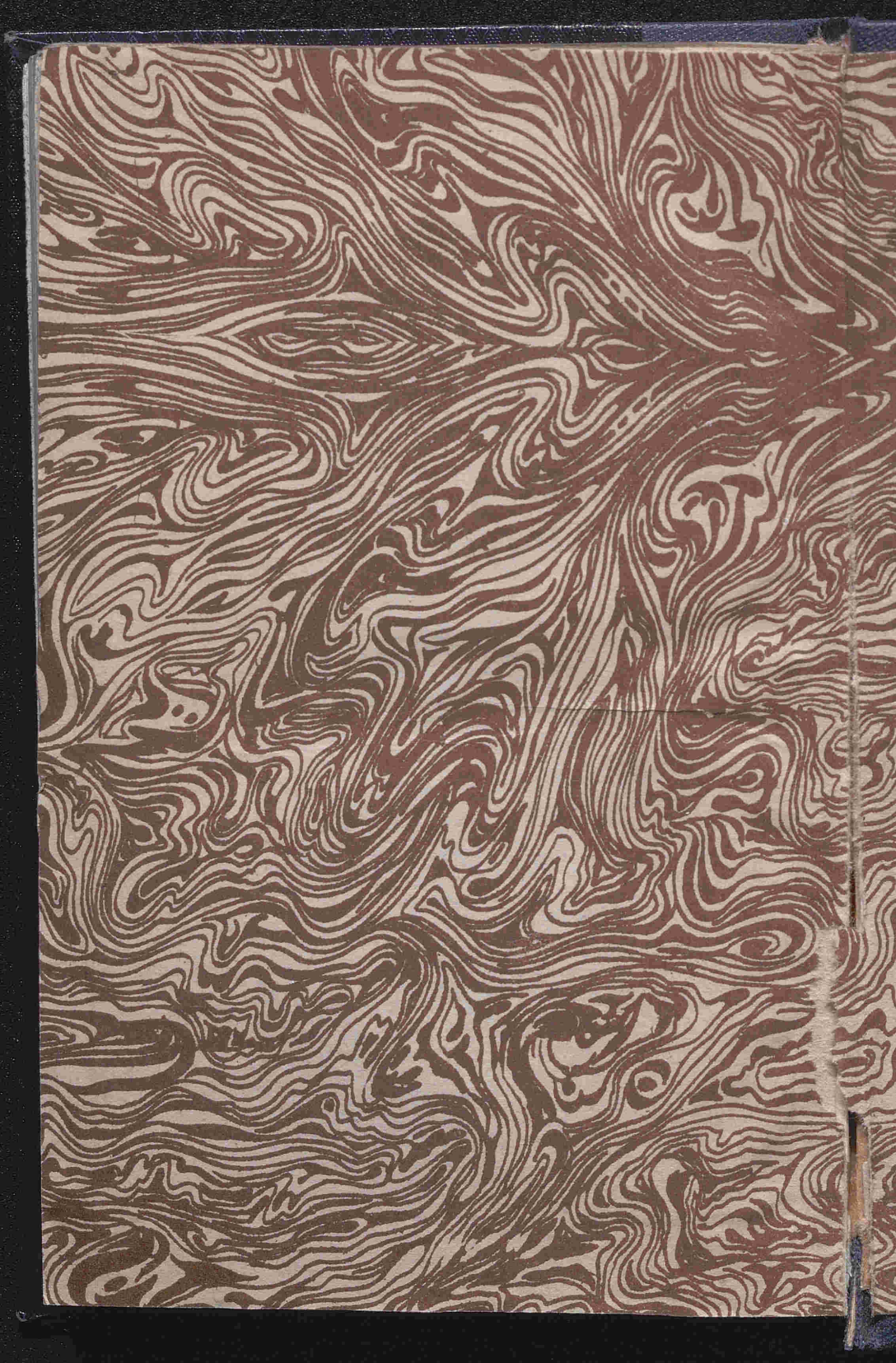








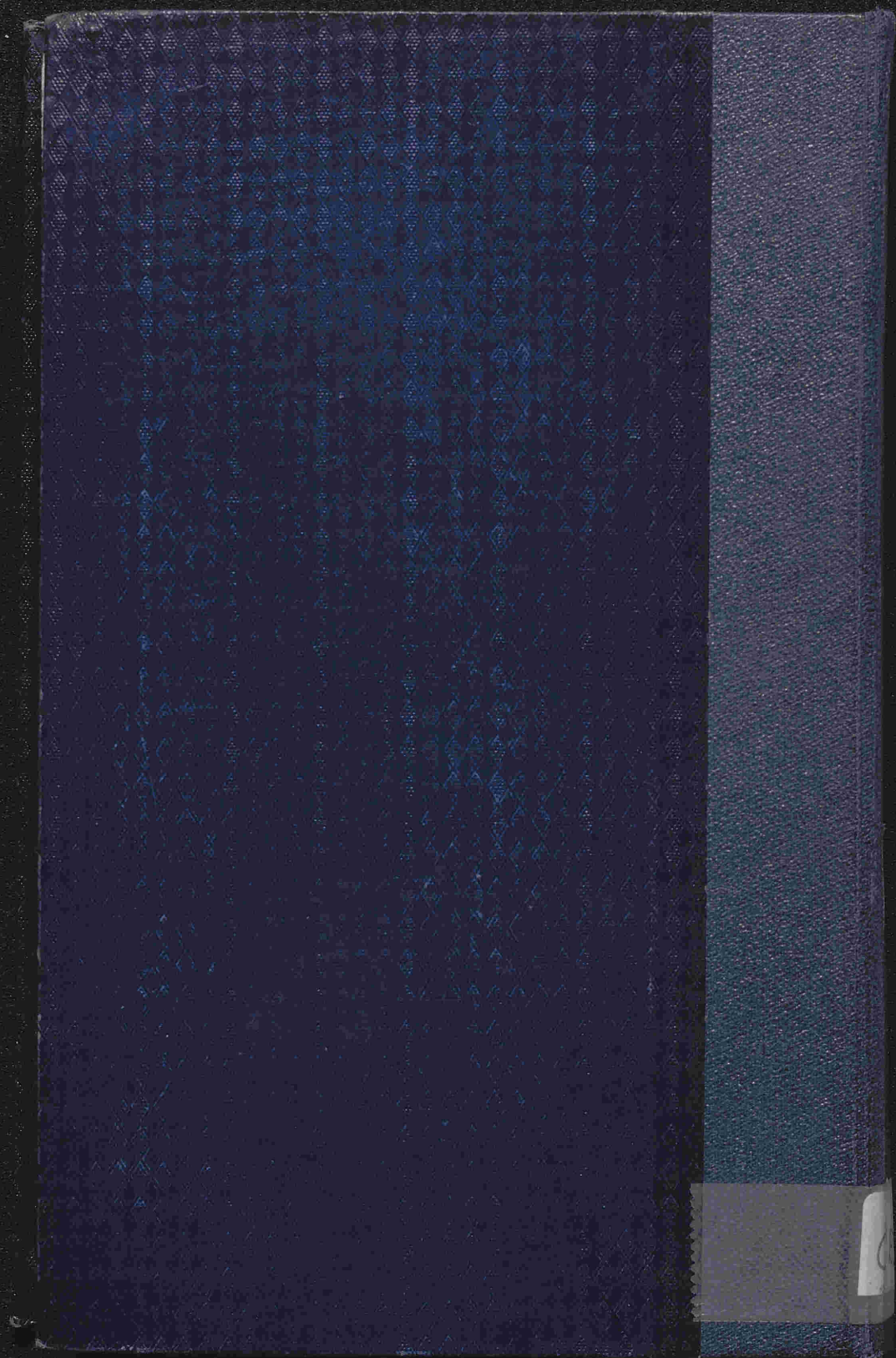














123  
COMEDIAS ESPAÑOLAS DEL SIGLO XIX

CES-XIX